

JUVENTUD SIN FUTURO

SIN CASA

SIN CURRO

SIN PENSION

SIN MIEDO

MANIFESTACIÓN

7 de ABRIL -19h - Pza. ANTÓN MARTÍN

juventudsinfuturo.net

Tú votas cada 4 años.
La bolsa lo hace todos los días

**NO HAY
DEMOCRACIA
SI GOBIERNAN
LOS MERCADOS**

MANIFESTACIÓN

15 de MAYO -18h - GIBELES-SOL

**TOMA LA
CALLE**

15.05.11

juventudsinfuturo.net

JUVENTUD SIN FUTURO

JUVENTUD
SIN FUTURO

Icaria  ASACO

Este libro ha sido impreso en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.5 España

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, y hacer obras derivadas bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. El material puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos.



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir igual. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, solo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

Esto es un resumen legible del texto legal (la licencia completa) se encuentra disponible en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas

© Juventud Sin Futuro

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Primera edición: junio de 2011
Segunda edición: junio de 2011
ISBN: 978-84-9888-356-5
Depósito legal: B-22.995-2011

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España.

Índice

Nota editorial	6
Prólogo	
Jóvenes sublevados contra la juventud	7
I. Estaba pasando en todas partes	13
II. Y nosotros qué	22
III. Sin casa: qué pasa, que no tenemos casa	29
IV. Sin curro. El contrato nos caduca antes que la leche	36
V. Sin pensión	43
VI. Salvan los bancos, destruyen la educación	50
VII. Sin miedo	59
VIII. Algo habrán hecho bien. Una juventud «sin futuro» pero con estilo	67
IX. Cronología de Juventud Sin Futuro . .	79
X. Editorial de JSF: ¡SIN Miedo!	83
XI. Tabla reivindicativa	86
XII. Entrevista de <i>Viento Sur</i> a Juventud Sin Futuro	92
Biografía de los autores	100

Nota editorial

Este libro está escrito intentando utilizar un lenguaje no sexista, que nos incluya a todos y a todas, haciendo uso del masculino y el femenino indistintamente y tratando de utilizar palabras no atribuidas a un género específico. Entendemos que el uso genérico masculino del lenguaje es un reflejo de la sociedad sexista en la que vivimos, otra estructura más del patriarcado para invisibilizar la vida pública de las mujeres y su participación en los espacios políticos y sociales. Por esto asumimos la transformación del lenguaje como una forma de lucha más para eliminar las desigualdades entre hombres y mujeres.

Prólogo

SANTIAGO ALBA RICO

Jóvenes sublevados contra la juventud

Si hay un término que suena a propaganda es sin duda «juventud». Los regímenes fascistas, de hecho, lo convirtieron en el centro simbólico —junto a «raza» y «fuerza»— de la movilización de masas con la que estuvieron a punto de someter al mundo entero. Metáfora de la renovación permanente, de la nación eternamente viva, del hombre siempre nuevo reverdecido contra la decadencia y la corrupción, la Juventud marchaba, la Juventud luchaba, la Juventud construía el futuro, la Juventud rejuvenecía a los que seguían los mandatos de la patria y del caudillo. El himno del fascismo italiano de 1922 se llamaba precisamente «Juventud» (*giovinezza giovinezza primavera di bellezza*). Y Hitler exaltó la juventud como el molde estético donde se refundía una y otra vez la indestructibilidad del Imperio. La mayor parte de los jóvenes propuestos como espejo y fragua de inmortalidad en los años 30 murieron brutalmente, sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial.

Solo un modelo social ha insistido más que el fascismo en las virtudes de la juventud; solo un modelo social ha despreciado más que el nazismo la debilidad, la vejez, la imperfección, la biodegradabilidad: el mercado capitalista. La propaganda capitalista se llama publici-

dad. Todos los años el mercado gasta en torno a 500.000 millones de dólares en impedir que envejezcan los objetos, en destruirlos antes de que parezcan usados; y en convertir a los propios usuarios en imágenes liberadas de los estragos del tiempo. Todos los reclamos visuales, todos los eslóganes publicitarios, en las pantallas y en las vallas publicitarias, exaltan permanentemente, como el fascismo, la eterna juventud: mercancías siempre nuevas que humillan a los cuerpos y les exigen un esfuerzo de resurrección permanente para no desentonar con los automóviles, los electrodomésticos, los vestidos que los rodean. Las 400.000 operaciones de cirugía estética practicadas todos los años en nuestro país —junto a la ilusión de una prolongación tecnológica ilimitada de la vida individual— indican hasta qué punto la juventud es la condición misma de la reproducción económica y, con ella, de la integración social, la autoestima y la satisfacción personal. El culto a la juventud forma parte de la entraña material del sistema al mismo tiempo que define, más que cualquier criterio ideológico, étnico o religioso en otras épocas de la historia o en otros lugares del mundo, los criterios de la jerarquía antropológica y social. El lugar que todo el mundo mira, o que todo el mundo mira durante más tiempo, está poblado únicamente por jóvenes: jóvenes modelos o jóvenes actrices, presentadores jóvenes, jóvenes deportistas, jóvenes consumidores de yogurt, concursantes jóvenes, jóvenes redundantes que hacen publicidad de la juventud, la cual a su vez publicita el carácter eterno y natural del mercado. Como los cuerpos hieráticos

y esculturales de Leni Riefenstahl en relación con el Tercer Reich, cada destello de juventud —en el metro o en la pasarela— nos compromete activamente con la supervivencia simbólica y material del régimen de destrucción generalizado de cosas y cuerpos que llamamos confusamente «libre mercado».

Ninguna sociedad, pues, ha rendido un culto tan fanático a la juventud como la nuestra; y ninguna sociedad, sin embargo, ha despreciado tanto a los jóvenes. Las cifras son «tunecinas». Es cierto: más del 40% de los jóvenes españoles están en paro y los que trabajan lo hacen con contratos basura y con salarios bajísimos. Es cierto: 6 de cada 10 jóvenes entre 18 y 30 años vive con sus padres y el 55% depende de ellos para sobrevivir. Pero todo esto parecía soportable mientras lo soportaban. ¿Por qué lo soportaban? La respuesta que dábamos desde la izquierda, con cierta displicencia y mucho pesimismo, tenía que ver con ese largo proceso de despolitización emprendido en los años setenta y asociado a lo que Pasolini llamaba el «hedonismo de masas»: acceso a mercancías y tecnologías baratas que alimentaban la soledad material y la imaginación común. La «miseria vital», compartida en realidad con los jóvenes sublevados en el mundo árabe, parecía amortiguada o compensada en Europa por los privilegios de un consumo menudo, de *gadget* y pizzas, de ipods y refrescos, que en realidad —aún más que la represión— promovía la infantilización permanente de las nuevas generaciones. No sé cuántos golpes puede soportar un cuerpo; pero hay un mucho desprecio en suponer que un alma puede aguantar

—o incluso reclamar— un número ilimitado de caricias falsas. Los adultos pueden querer solamente dinero o sexo o comida; pero lo natural es que los jóvenes quieran ser adultos y ser adulto, aunque el mundo no lo sea, aunque los padres no lo sean, ha significado siempre lo mismo: ser libre, independiente, digno, dueño del propio discurso. ¿Qué es la juventud? La rebelión, no contra los mayores, sino contra la infancia; el deseo irresistible de abandonar la niñez; la negativa radical a ser tratados como niños.

Habíamos menospreciado el deseo de los jóvenes de ser adultos contra todo un entramado social, político y cultural que quiere retenerlos en la infancia. Materialmente, sí, pues como recuerda la certera síntesis de *Juventud sin Futuro*, el capitalismo los priva de casa propia y de trabajo, dos cosas que los niños no necesitan y que, aún más, no deben tener. Pero una sociedad que los quiere retener en la infancia también políticamente, sustituyendo su derecho al lugar del padre —digamos en términos psicoanalíticos— por caramelos. No es extraño, pues, que la «resistencia a ser tratados como mercancías» integre al mismo tiempo un impulso social y una sublevación moral cuya única fusión posible es la reclamación de «democracia». Negarse a la mercantilización es afirmarse, frente a la futura infancia, como sujetos políticos y morales sin condiciones ni componendas. Los jóvenes se han hartado de la *Juventud Eterna*, tiranía de los mercados, y luchan maduramente contra ella.

¿La juventud? Es la rebeldía contra la infancia. ¿La infancia? Es precisamente el capitalismo, que impone

el tiempo pre-político y pre-social de la digestión como el único posible. Solo a adultos pervertidos puede producirnos sorpresa que los jóvenes quieran ser mayores en lugar de querer seguir siendo niños. Nos sorprende y nos indigna: «Ninguna generación ha vivido mejor», les regañan los periódicos y los políticos. También es verdad que ninguna ha tenido menos perspectivas de futuro. Pero no es eso, no: es que quieren ser tratados como mayores de edad; y solo pueden serlo chocando objetivamente contra el mercado. Hay revueltas del pan y revueltas contra las golosinas, y las dos revelan los límites del capitalismo.

El día 7 de abril de 2011, casi por casualidad, me vi metido en una manifestación convocada en Madrid por Juventud Sin Futuro. Yo venía de Túnez, donde había vivido con sorpresa una revolución, y lo que me sorprendió es que en realidad no me sorprendiera nada. Me pareció, al contrario, que seguía en la avenida Bourguiba o en la Qasba, pues reconocí enseguida a esos jóvenes bulliciosos, rabiosos, ingenuos y sin memoria que de pronto, platónicamente, descubrían en sus gargantas consignas que no conocían, pero que emergían de una larga tradición reprimida, al tiempo que se difundían en un medio nuevo, inventado por ellos con instrumentos flexibles y ligeros. Eran los mismos jóvenes que en Túnez; las mismas miradas; la misma conciencia repentina de que las cosas no van bien y el mismo deseo de gritarlo; la misma conmoción casi orgásmica de una voluntad común de muchas cabezas. Nada tiene de raro esta semejanza. En realidad, bajo el capitalismo en crisis, la juventud ya no es una franja

de edad ni una emoción edípica; no es, desde luego, el «futuro de la humanidad»; homogeneizada por su particular vulnerabilidad dentro del mercado y por el uso de los mismos medios tecnológicos (esa «imaginación común» desactivada hasta ahora por la dispersión espacial), la juventud se ha convertido, en Túnez y en Madrid, en México y en Bombay, en una «clase social» global. Ser o no joven, ya no es una cuestión biológica sino de clase: de la clase todos aquellos que quieren ser mayores de edad —contra la juventud eterna del mercado— y que están descubriendo, en Tahrir, en la Qasba, en la Puerta del Sol o en la Plaça Catalunya, con la vieja memoria y la nueva imaginación común, que democracia y capitalismo son incompatibles; y que rebelarse por el pan y contra las golosinas es abrir ya la rendija política y moral por donde se colará de nuevo —o por primera vez— la humanidad.

¿Se exagera al llamarlo revolución? Se exageraba antes, cuando lo llamábamos sumisión.

I

Estaba pasando en todas partes

LUCÍA ALBA, ISABEL SERRA Y JAVIER MENÉNDEZ

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

SALVADOR ALLENDE

Con cierto retraso en relación a los inicios «oficiales» de la crisis (originada partir del crack financiero), estamos viendo un resurgir de las respuestas y resistencias sociales a escala euro-mediterránea que ha tenido en la juventud a un actor protagónico fundamental. Una juventud que no se ha resignado a perder su futuro y que lo ha hecho rebelándose contra las políticas neoliberales de ajuste estructural, que han utilizado la crisis como coartada. Quizás el ejemplo más paradigmático sea el de las revueltas en los países árabes y el Magreb. Un ciclo de movilizaciones que ha sido una fuente de inspiración y un referente subjetivo sin el que sería muy complicado comprender las movilizaciones que se están sucediendo en el conjunto del Estado español en estos momentos.

En este artículo repasamos algunos escenarios de esas revueltas y la importancia de su componente juvenil.

Nous sommes le pouvoir. (Nosotros somos capaces)

El neoliberalismo pretende acabar con los derechos colectivos, pero Francia y Grecia nos enseñan una vez más que la huelga es nuestra arma más potente.

La situación griega a principios de 2010 reflejaba premonitoriamente las consecuencias más directas de la

crisis financiera europea. En enero, el gobierno sacaba a la luz la malversación de las cuentas públicas que llevaba desarrollándose en los dos últimos años, elevando el déficit griego en 2009 al 12,7% del PIB. Ante esto, la Comisión Europea ponía inmediatamente bajo supervisión directa al país. La respuesta gubernamental perseguía atajar los efectos de la profunda crisis «metiendo tijera» a fondo a los derechos sociales y laborales.

Ante el nuevo anuncio de más recortes, sumada a la profunda precariedad y sensación de desesperanza, amplios sectores del pueblo griego impulsan un período de movilizaciones buscando un cambio sustancial y urgente como salida alternativa a la crisis. Tres huelgas generales en mes y medio y dos rescates en cinco días visibilizan la complejidad e inestabilidad de una situación que ha dejado al país bajo unas perspectivas de futuro absolutamente inciertas.

Francia, a partir de septiembre de 2010, conoce un fuerte movimiento en contra del nuevo proyecto liberal de Sarkozy de reforma de pensiones, que pretende retrasar la edad de jubilación. Frente a estas medidas comienzan las primeras grandes manifestaciones y las primeras huelgas. Ocho jornadas con más de tres millones de personas, en las que se multiplican las huelgas, los piquetes y las movilizaciones descentralizadas por todos los sectores económicos, bloqueos de carreteras y accesos a aeropuertos. Pero quizás, lo más paradigmático de estas movilizaciones, las más importantes en Francia desde 1995, fue la implicación de los estudiantes y el bloqueo de las refinerías.

La implicación masiva de los estudiantes, fundamentalmente de secundaria, en las manifestaciones y

los bloqueos de los centros de estudio, práctica heredada de la movilización contra el contrato del primer empleo, marcó la masificación de la protesta y aportó al movimiento una fuerte referencia simbólica.

Las refinerías, por otro lado, se convierten en un símbolo de la movilización por la decisión de los trabajadores, convertidos en símbolo a su vez para toda Francia, dejando sin gasolina al país por intervalos de tiempo. La amenaza del bloqueo total de la economía y la multiplicidad de acciones son la imagen que marca el movimiento. La insistencia del gobierno por la aprobación de la reforma, a pesar de la resistencia expresada en la calle, y la violencia policial al pretender impedir el derecho a huelga, pone bajo sospecha la legitimidad de las instituciones.

Se ci bloccano il futuro, noi blocchiamo la città. (Si nos bloquean el futuro, nosotros bloqueamos la ciudad)

Desde Italia hasta Inglaterra, un epicentro que se mueve por Europa con una velocidad imprevista.

Tanto el sistema universitario italiano como el inglés se han visto este otoño sometidos a nuevas reformas que suponen un paso más hacia la conformación de lo que el movimiento estudiantil ha denominado como «Universidad-empresa».

Mientras la patronal italiana presiona al gobierno para la aplicación de la Ddl Gelmini (aumento de miembros de empresas en los órganos de representación y recorte de un 90% del gasto público, así como la transformación de las becas en un premio al mérito

sin tener en cuenta la renta del estudiante), la universidad inglesa sufre una reforma de financiación con un aumento de tasas altísimo.

El discurso en favor de un verdadero Estado social que ofrezca el derecho al estudio y el rechazo a la socialización de las consecuencias de la crisis es el común denominador de ambas protestas.

Las universidades de las ciudades italianas se bloquean, los encierros se extienden, y los/as estudiantes comienzan a recorrer las calles con el lema «esta crisis no la pagamos». Mientras, se acentúa la crisis política del gobierno de Berlusconi sometido en fechas cercanas al estallido a una moción de censura. Los y las estudiantes bloquean la ciudad con el objetivo de llegar al Parlamento y mostrar su crítica a una clase política salpicada por asuntos de corrupción que no les representa. Intento tras intento, la presión que está ejerciendo a finales de octubre el movimiento estudiantil con manifestaciones a las puertas del Congreso de los Diputados dificulta la aprobación de la reforma.

Mientras tanto, en Londres las protestas se radicalizan. El 10 de noviembre 50.000 estudiantes ocupaban la sede del Partido Conservador, mientras los sindicatos se negaban a convocar movilizaciones. Desde Italia hasta Londres, el «Book Block» (jóvenes con escudos que simbolizan libros) protagoniza las manifestaciones estudiantiles: es la combinación del ataque y de la fuerza con la importancia del conocimiento y del discurso; «el libro como arma».

El 14 de diciembre, la movilización se concentra en Roma en oposición al gobierno de Berlusconi: son

estudiantes, precarios/as, inmigrantes, trabajadores/as, parados/as, mujeres, artistas, el movimiento contra la privatización del agua o los/as trabajadores/as de la Fiat amenazados por una reforma laboral; los/as jóvenes y estudiantes a la cabeza, protagonizan una jornada histórica que sitúa la revuelta en el centro de la opinión pública del país.

Portugal, «Stop precariedad»

El año 2011 ha supuesto un punto de inflexión a la hora de generar nuevas formas de acción y construcción política.

Once ciudades portuguesas y concentraciones en multitud de embajadas y consulados de varios países han sido el resultado de un nuevo modelo de convocatoria vehiculado a través de redes sociales como el facebook, que más tarde sería exitosamente acogido por el Estado español. 300.000 jóvenes unidos/as por la precariedad, la falta de empleo, el costoso acceso a la vivienda y manteniéndose rigurosamente al margen de partidos y sindicatos, conseguían transmitir su descontento e indignación al resto del mundo.

El segundo país europeo con un mayor porcentaje de empleo temporal, en el que los/as parados/as de menos de 34 años con estudios superiores superan el 40,5% y, con cuatro de cada diez jóvenes viviendo con sus padres, ve cómo un movimiento joven, amplio y masivo demanda plena participación democrática y la no sumisión a la dictadura de los mercados.

Islandia, la revolución silenciada

Los medios de comunicación callan por miedo a que tomemos un ejemplo real de que sí se puede.

Vemos en Islandia el caso más evidente de que la movilización es útil, y de que la transformación social es posible. Los efectos de la crisis financiera dejan un panorama terrorífico en Islandia: un Estado en bancarrota y cuya deuda supera varias veces su PIB. La dinámica política no se altera, en primera instancia: un cambio de gobierno anticipado, un rescate del FMI y la suspensión de la actividad bursátil. Pero todo esto no es suficientes para sacar al país de tan grave situación.

Islandia, fuertemente endeudada con los gobiernos inversores de Gran Bretaña y Holanda, vota en referéndum rotundamente en contra de subsanar su deuda. Ante esto, el FMI congela las ayudas y la población exige responsabilidades jurídicas a los culpables de la crisis. Tras detenciones de banqueros y altos ejecutivos, se elige una asamblea constituyente para redactar una nueva constitución que recoja las lecciones aprendidas del proceso y perpetuar la victoria.

Islandia se convierte, ante el miedo y la censura de los grandes medios, en un ejemplo para otras resistencias en otras latitudes.

«La revolución es posible»

Túnez, Egipto y la larga lista de países que les siguieron, son, al igual que Francia, Italia, Grecia, Portugal y otros, víctimas de un mismo sistema y comparten características de fondo que hacen posible la comparación.

Cuando se habla de la ola de revoluciones democráticas que han recorrido el mundo árabe desde comienzos de este año se suele fijar la atención en las particularidades de la región y en las especificidades propias de los diferentes países; mucho más que en los elementos que los equiparan (no solo entre ellos sino también con los movimientos surgidos en Europa en los últimos meses). Más allá de las diferencias existentes, debemos fijarnos en esos denominadores comunes que hacen que la lucha en Europa y en el mundo árabe sea la misma. ¿Y cuáles son los rasgos que comparten zonas del mundo con características generales tan distintas?

El primero, y más evidente, son las políticas económicas neoliberales, impuestas también en Túnez y en Egipto desde el FMI y los mercados internacionales. Unas políticas económicas que añadían a la falta de derechos políticos causada por la dictadura, una falta cada vez mayor de derechos sociales básicos. Prueba de ello es la altísima tasa de paro juvenil y el nivel de precariedad, combinada con la bajada de los salarios y la subida del precio de los alimentos. Todas condiciones que, además, afectan en su mayoría a los/as jóvenes.

El papel de la juventud en estos procesos es, por otra parte, el segundo factor que sirve de nexo entre las luchas árabes y europeas. Fueron los/as jóvenes, sobre

todo en Túnez y en Egipto, los/as que prendieron la chispa de la revolución, por más que luego su lucha se extendiera a otros grupos sociales. Por lo tanto, se podría decir que no fue el régimen dictatorial, ni la represión policial, ni la falta de libertad de expresión lo que en primer término despertó la indignación de los/as jóvenes tunecinos/as y egipcios/as, sino un panorama social cada vez más problemático que los/as jóvenes europeos comprendemos y compartimos.

El tercer factor común es una falta de confianza en unas instituciones no representativas. Si en los países árabes había sistemas políticos dictatoriales abiertamente apoyados (sobre todo económica y militarmente por los gobiernos europeos, que se tornaron dubitativos ante el florecer de las revueltas), el panorama político en Europa no es mucho más democrático. Dictadura-bipartidismo. Dictaduras de los mercados.

Pero el resultado más significativo de este estallido democrático, popular, juvenil ha sido la recuperación de los espacios físicos. El pueblo tunecino primero, y luego el egipcio, hartos ya de que sus voces no fueran escuchadas y llenos de desconfianza hacia los gobiernos dictatoriales y hacia los cauces institucionales ilegítimos, decidieron en un acto de demostración de soberanía popular tomar las calles y acampar en las plazas. Tahrir, y el otro Tahrir en Yemen, la plaza de la Perla en Bahrein, y la Qasba en Túnez fueron y siguen siendo ejemplo de recuperación de la política por el pueblo y para el pueblo.

En definitiva, nos encontramos ante un sistema que reduce a los/as ciudadanos/as a menores de edad, que

los/as incapacita como sujetos activos de la política y la democracia. La miseria vital compartida por jóvenes europeos y árabes es la causa de que, por encima de todas las reivindicaciones más que justas que hemos podido escuchar en las revoluciones árabes, la más repetida entre todas sea: «dignidad». Una dignidad hecha rebeldía frente al no futuro. Frente al horizonte siempre reductor de lo posible.

Antes de que esta gran ola llegara, casi como un tsunami, a las calles de Madrid y otras ciudades españolas, había pasado ya por otros escenarios. Una ola que puso en pie a pueblos y multitudes. Una ola imparable contra la devastación que origina la explotación y el «mal gobierno». Allí y aquí. Somos la misma cosa.

II

Y nosotros qué

ANDREA RABOSO Y ANDRÉS MERINO

De la resaca de Bolonia a la marea amarilla

Esto es solo el principio, mantente indignado/a...

Lema utilizado en la web de JSF
tras la manifestación del 7 de abril

Al contrario de lo que muchas veces pueda parecer, los movimientos no surgen «de la nada»: los contactos y las rutinas que hacen posible que una indignación se convierta en una asamblea se tejen y se maduran gracias a prácticas ya establecidas. Por ello, para empezar a hablar de Juventud Sin Futuro tenemos que remontarnos al movimiento anti-Bolonia, e incluso al movimiento V de vivienda.

El movimiento anti-Bolonia agitó durante unos años la vida universitaria. Las asambleas y encierros se extendían por numerosas facultades, universidades e institutos. Las manifestaciones, debates con rectores y contracumbre de ministros de educación europeos lograron que un conflicto que se inició en las universidades traspasara sus puertas y se instalara en la agenda política y en el seno de la sociedad. Por primera vez se logró una coordinación a nivel estatal, algo que en otros países europeos es casi una norma, pero que en el nuestro, hasta entonces, no había sucedido.

Ya se apuntaron, en aquel momento, formas de lucha hoy activas: la vocación hacia los medios de comunicación, organización interna del movimiento en asambleas y comisiones, complicidades y afinidades entre colectivos y asociaciones de estudiantes, etc. que serían la base de próximas luchas.

Tras este auge de la lucha estudiantil, en la que el movimiento no alcanzó más victorias que las arriba descritas, un período de reflujó se apoderó del movimiento universitario. Las personas más activas se replegaron en las diferentes asociaciones estudiantiles de sus facultades, a la espera de que una nueva contradicción abriera la puerta a nuevas movilizaciones.

El 29 de septiembre fue nuestra primera práctica común fuera de la universidad, dentro de este contexto de lucha contra la salida capitalista de la crisis. Ante la convocatoria de la Huelga General contra la Reforma Laboral, en la universidad decidimos acudir en un piquete propio visibilizando a nuestro sector: estudiantil, juvenil y precario.

Tras esto, y ya iniciado el curso académico, decidimos vernos las caras convocando a una asamblea a todas las asociaciones estudiantiles de las que teníamos noticias. Queríamos mantener un contacto mucho más activo entre los diferentes colectivos y empezar a pensar en hacer algo que, más allá de los problemas de cada facultad, nos uniera en alguna respuesta común. En primer lugar, algo que nunca puede faltar: una lista de correo, y un blog donde ir colgando algunas iniciativas y el compromiso de mantener reuniones un par de veces al mes.

Durante el primer cuatrimestre algunas manifestaciones sacudieron las calles de Madrid en protesta por la crisis y sobre todo por las reformas que se estaban implantando para su salida. Medidas siempre encaminadas a que las trabajadoras, aquellas que no habían generado la crisis, se «apretaran el cinturón». A todas ellas acudimos con pequeños bloques, intentando visibilizar que desde el sector estudiantil y juvenil también estábamos tratando de dar una respuesta. Incluso llegamos a convocar una manifestación que acabó en concentración, por el escaso éxito de la convocatoria, en el metro de Ciudad Universitaria.

Estas pequeñas experiencias significaron duras pruebas para el incipiente movimiento que estábamos creando. Sin embargo, el fracaso de las convocatorias y la escasa participación en nuestros cortejos nos llevó a pensar que la dirección que estábamos tomando quizás no era la adecuada. Pero el contexto de luchas europeas, que ya se estaban desarrollando con un marcado tinte juvenil, nos demostró lo contrario.

Por aquel entonces, una posible convocatoria de una nueva Huelga General comenzó a pulular por la boca de los representantes de los sindicatos. La noticia era esperanzadora. Por fin teníamos un horizonte claro sobre el que trabajar y movilizar. Pero en menos de 15 días el discurso cambió radicalmente, y en vez de una Huelga General nos encontramos con un pacto social totalmente desmovilizador y que algunas comparaban incluso con los pactos de la Moncloa.

Pero para nosotras ya no había vuelta atrás, el discurso lo teníamos cada vez más elaborado: la preca-

riedad, el paro juvenil, la Reforma Laboral y la de las Pensiones que a nuestra generación afectaba de lleno. Además teníamos un contexto europeo a nuestro favor y, por si fuera poco, Túnez y Egipto comenzaban a despertar al calor de una juventud radicalizada.

Afortunadamente nos dimos cuenta: los sindicatos mayoritarios no se iban a movilizar ante el pacto, los minoritarios, por desgracia, no tenían fuerza para ello y, por último, los partidos tradicionales estaban más que desprestigiados. Los únicos con la legitimidad suficiente como para intentar iniciar un ciclo de movilizaciones éramos nosotras: la juventud. Los ejemplos internacionales nos lo demostraban. Y de esta manera decidimos «tirarnos a la piscina» y salir a la luz con un manifiesto y una fecha de movilización.

«Sin miedo», el grito del 7 de abril

De esta forma, el cambio de estrategia nos lleva a dibujar un sujeto activo y con un discurso destinado a movilizar no solo a nuestras compañeras de clase sino a toda la juventud precaria. De ahí surgió nuestro lema «Juventud Sin Futuro, Juventud Sin Miedo» y un manifiesto que aunaba las diferentes posiciones de la asamblea. El consenso, los acuerdos y la unidad siempre fueron nuestros principales objetivos.

Los lemas elegidos, «sin vivienda, sin curro y sin pensión», definían las principales partes de nuestro manifiesto, pero además buscábamos algo que expresara la acción colectiva y el derecho a disentir «sin miedo». Con esta marca decidimos salir al público.

En este punto resultó muy importante la influencia del movimiento «V de Vivienda». De forma totalmente intencionada quisimos recuperar su estilo y fusionarlo con el nuestro. Y lo fue porque este movimiento sentó un precedente en las luchas juveniles por un acceso social a la vivienda y, además, apuntaba ya las contradicciones del modelo económico español.

Además de aprovechar las posibilidades de difusión que ofrecen las redes sociales se diseñaron carteles y pegatinas. Como parte del trabajo de difusión y visibilización se llevaron a cabo acciones simbólicas y una rueda de prensa presentando el manifiesto y convocando a la movilización.

Los medios nos brindaron una amplia cobertura. En primer lugar porque estaban deseosos de noticias de este estilo en el Estado español y en segundo lugar porque el discurso que vertimos en ellos resultó muy cercano y comprensible. Un discurso que, rápidamente, creó empatías y cuajó en sectores muy amplios de la sociedad.

De este modo, y con apenas una semana de campaña, nuestra primera manifestación fue un rotundo éxito en comparación con las expectativas que teníamos. Es cierto que fue prácticamente universitaria pero supuso una primera toma de pulso al movimiento y a JSF.

A partir de entonces los acontecimientos se precipitaron. No dejó de acercarse gente a la «plataforma», la página web no dejaba de recibir mensajes de apoyo, comenzaron a crearse Juventud Sin Futuro por muchas partes del Estado y nosotras ya nos encontrábamos enfrascadas en la próxima fecha de movilización: el 15 de mayo.

El 15 de mayo surgió de una plataforma, Democracia Real Ya, que a través de las redes sociales había logrado aglutinar a muchas personas y colectivos indignadas con un discurso amplio referido a la calidad democrática del sistema político. JSF decidió unirse a la convocatoria, ya que habíamos dejado bien claro que el 7 de abril «era solo el principio», y veíamos imprescindible continuar con la lucha y apoyar cualquier iniciativa de este estilo.

Ante esta nueva convocatoria, consideramos ineludible avanzar un pasito más como movimiento. Ya no podíamos mostrarnos en las mismas condiciones del 7 de abril. Ese día había sido «nuestra presentación» y muestra de ello era nuestro manifiesto pero ahora teníamos que definir un discurso y consensuar unas alternativas propositivas. Teníamos muy claro que no podíamos quedarnos eternamente en el «no». Debíamos avanzar y crear nuevas propuestas definiendo muy bien nuestras posibles soluciones ante los problemas que denunciábamos.

Tuvimos varias reuniones con DRY, para formalizar nuestra relación y hacer un curro conjunto de cara al 15. Muchas de nosotras ya estábamos dentro de dicha plataforma, pero consideramos imprescindible mantener nuestra «marca» de JSF y adherirnos con ella a dicha manifestación. No creíamos conveniente diluirnos dentro de DRY, ya que habíamos conseguido una potente «firma» capaz de movilizar a mucha gente con un discurso bien definido y afianzado.

La manifestación del 15 de mayo, la posterior acampada en Sol y la creación del movimiento deno-

minado «15-M», ha sido algo inaudito, con lo que todas soñábamos dentro de este contexto de desmovilización. Ha hecho del malestar indignación y de la indignación una acción política. Ha logrado poner en el orden del día la calidad de la democracia, las políticas neoliberales del gobierno y la dictadura de los mercados. Este movimiento ha sabido visibilizar toda la indignación colectiva de todas aquellas que sufrimos una crisis de la que no nos sentimos culpables.

En este contexto, JSF ha quedado totalmente desbordado, lo que demuestra que el movimiento es realmente masivo y en conjunto es capaz de generar sus propias estrategias y dinámicas. La propia manifestación del 15 ya nos rebasó, constituíamos un pequeño grupo reconocible dentro de una marea ciudadana.

Tal vez, nuestro movimiento, heredero de luchas y resistencias anteriores, haya sido precisamente eso: un primer aldabonazo para canalizar la rabia y el descontento que ha terminado por configurar un movimiento imprevisible.

III

Sin casa: qué pasa, que no tenemos casa

CRISTINA CASTILLO

Es hora ya de abrir un debate en profundidad sobre la imposibilidad física del crecimiento continuo en un mundo finito, y la necesidad de romper con la lógica del beneficio y de la mercantilización y acumulación constante.

RAMÓN FERNÁNDEZ DURÁN, el Tsunami Urbanizador

El problema de la vivienda es el de un modelo económico y social que ha puesto este país al servicio de la especulación inmobiliaria, con el objetivo de hacer negocio con el suelo y las viviendas, sin importar su coste social o medioambiental o si alguien las habitará. En este país sobran viviendas para especular, y faltan viviendas asequibles para vivir.

La vivienda, una necesidad social básica, se ha dejado en manos del mercado. Es una mercancía más con la que se especula, excluyendo de su acceso a «los no rentables». Un mercado controlado por un oligopolio de propietarios del suelo, promotoras, constructoras y políticos corruptos que se «forran» a costa de hipotecar y atar a la precariedad a millones de personas de por vida, obligadas a aceptar condiciones precarias que dificultan el desarrollo de sus propios proyectos vitales en condiciones de igualdad y dignidad.

Nos dicen que hacen falta más viviendas y que se necesita urbanizar más suelo para construirlas. La realidad es que sobran: hay más de tres millones de viviendas vacías en el Estado español. La vivienda no es asequible porque se ha convertido en una mercancía más con la que se comercia, se vende o se alquila, donde algunos se lucran a manos llenas a costa de una necesidad social básica excluyendo de la vivienda a los que no resultan rentables para el mercado y encadenando al resto de por vida a una hipoteca.

En el Estado español, la última década de fuerte crecimiento macroeconómico generó un aumento considerable de las desigualdades sociales y de renta, explicado en gran medida por el ciclo inmobiliario, la construcción y el encarecimiento de la vivienda. La riqueza del país (el PIB) se duplicó en estos años, pero no todos nos beneficiamos en igual cuantía de este crecimiento. De hecho, mientras que la mayoría de los trabajadores y trabajadoras y de la población en general ha visto como se estancaba o empeoraba su poder adquisitivo y sus condiciones de vida, una minoría de empresarios y especuladores ha visto multiplicarse sus beneficios a costa del esfuerzo de la mayoría.

En este país hemos sufrido una gran conspiración silenciosa: la mayor transferencia de renta de nuestra historia, en beneficio de una minoría, un «oligopolio de la vivienda», que controla la propiedad del suelo y la promoción y construcción de viviendas. Y en su labor cuentan con la colaboración necesaria de las administraciones públicas y con la creencia en el ideario colectivo de que la compra de una vivienda es la mejor

inversión, con lo que las masas se suman gustosas a este «capitalismo popular del ladrillo». Millones de proyectos de vidas están siendo sacrificados. Lo que se hipoteca no son casas, son nuestras vidas.

Mientras no se garantice el derecho efectivo y real a una vivienda y a una vida digna, la ocupación de viviendas vacías y edificios abandonados para habitarlos o para convertirlos en centros sociales abiertos al barrio, seguirá siendo un instrumento de resistencia legítimo frente a la exclusión vital que promueve el mercado.

Y llegó la crisis...

Todo lo que sube tiene que bajar. La crisis económica llegó a este país con la inminente subida de los tipos de interés y del índice Euríbor por el que se calcula el valor de los créditos. Esto a nivel familiar o personal se traduce en que el dinero que tienes en el banco genera más interés, pero que a la vez, si le debes dinero al banco este interés aumentará. Estamos comprobando el lado inhumano del sistema.

Y esta no es una crisis pasajera, sino permanente. Este sistema deshumanizado e individualista tampoco ha fomentado la solidaridad comunitaria, y aún resulta difícil que las comunidades vecinales se organicen para evitar el desahucio de otra gente. Aun con estas limitaciones, en los últimos años se están generando nuevas experiencias organizativas fuertes, de lucha contra los desahucios y de ayuda a la gente que se queda sin vivienda. El caso es que alternativas no faltan.

La crisis está resolviéndose disminuyendo el gasto público y desmantelando los sistemas sanitarios y de protección social, promoviendo la privatización. Por eso es básica la gestión pública de los servicios frente a la introducción de la lógica mercantil. Sin servicios públicos no hay democracia ni hombres ni mujeres que puedan ejercer sus derechos en igualdad.

La precariedad laboral y la especulación financiera se interconectan para estabilizar una estructura que hace imposible el acceso a una vivienda digna de alquiler, y mucho menos a su compra. La ocupación es un delito para la ley (delito de usurpación de propiedad); el consumismo que nos rodea y la poca estabilidad y calidad laboral dejan muy pocas salidas para que los y las jóvenes, y no tan jóvenes, podamos hacer nuestra vida según la forma de vida que nos establecen.

El acceso a la vivienda es, junto con otras demandas, la pata de una misma mesa: el derecho a la información, a la movilidad, o a una renta digna. Todos estos derechos forman también parte de las necesidades de nuestro tiempo.

Casas sin gente, precarias sin casa: La precariedad como hilo conductor

Por ello, la lucha por el derecho a la vivienda digna es también una lucha contra la precariedad. Y así la definió en 2006 la Asamblea contra la Precariedad y por una Vivienda Digna, creada al calor de las movilizaciones de protesta que comenzaron ese año, y que se extendieron por todo el Estado.

La precariedad es un concepto amplio con muchas caras que cada vez abarca y limita un mayor número de aspectos de nuestra vida: precariedad en el trabajo, en los salarios, en la relación laboral, en las relaciones sociales y en las redes de apoyo mutuo, en la lacra de los accidentes laborales, en la discriminación laboral (por sexo, nacionalidad o edad), precariedad como debilidad y desmantelación de los servicios públicos y la protección social.

Los colectivos afectados por esta precariedad son igualmente múltiples: parados y paradas, personas trabajadoras sin contratos ni derechos, temporales y precarias, becarios y becarias, falsos autónomos y autónomas dependientes, subempleo; jóvenes, mujeres e inmigrantes sufren en mayor medida la explotación laboral. La precariedad que antes era un peaje «temporal» a pagar por parte de los y las jóvenes y que cada vez más se generaliza a toda la población como modelo económico y social permanente, representa una profunda reforma laboral que está erosionando las conquistas sociales y laborales alcanzadas.

La carestía de la vivienda (hipoteca y alquiler) y las malas condiciones laborales son dos factores que se retroalimentan: la obligación mensual de hacer frente un pago desmesurado por alojamiento obliga a las personas a aceptar las precarias condiciones laborales que ofrecen los empresarios y a no protestar o reivindicar mejoras ante la amenaza del despido. Este chantaje obliga a aceptar recortes y condiciones laborales a la baja y la necesidad de dos salarios para poder sobrevivir, impidiendo conciliar la vida familiar y personal con la laboral.

A día de hoy, lejos de mejorar, estos problemas se están agudizando con la salida a la crisis que se promueve desde las instituciones europeas. En el Estado español, se ha visto traducido en un aumento de la precariedad y un descenso del nivel de vida como condiciones objetivas de la mayoría de la gente.

Frente al problema, alternativas:

¡¡¡Gente sin casa, a la calle!!!

Existe un hilo conductor que une las demandas expresadas por el Movimiento por una Vivienda Digna, con las demandas que articula la Plataforma Juventud Sin Futuro, pasando por las luchas en la Universidad contra el Plan Bolonia. Existe una continuidad y actualización de las luchas que genera vínculos entre distintos espacios y tiempos.

Las demandas que se articulan a día de hoy en los espacios de movilización social abogan por un acceso más justo de toda la población, y no solo de una minoría, a la riqueza generada entre todas y todos. La lucha contra la precariedad hay que enmarcarla en un proceso de mejoras sociales globales en este país, ligado al impulso del mismo proceso en el resto del mundo.

En una economía globalizada, las conquistas sociales se universalizan o parecen fruto de la lógica competitiva capitalista. Se debe abogar por otro modelo socioeconómico a nivel global, basado en mayores derechos sociales, económicos y laborales para el conjunto de la población, y surgido de una verdadera democracia real, consciente y crítica.

Frente a este modelo de capitalismo basado en la especulación, se debe reivindicar que el acceso a la vivienda digna, entendido como alojamiento y no como propiedad, sea un derecho universal, reclamable y equiparado a otros derechos fundamentales como la educación o la sanidad. El objetivo debe ser que toda la población que lo desee pueda acceder a una vivienda de alquiler social.

Para garantizar este derecho hay que sacar a la vivienda de la lógica del mercado, son necesarios cambios legislativos, disponer de un amplio parque de alquiler social público y unas administraciones públicas no corruptas, que dejen de estar al servicio de la especulación inmobiliaria, para responder a las necesidades de todos y todas.

IV

Sin curro. El contrato nos caduca antes que la leche

LUIS GIMÉNEZ Y PABLO PADILLA

Todo lo que es social se nos ha vuelto extranjero.
«La sociedad» es el nombre que recibido a veces
lo Irreparable, lo Inasumible.

¿Cómo hacer? TIQQUN

El sistema educativo, desde el preescolar hasta los grados universitarios, pretende enseñarnos qué es la realidad. Pero no aprendemos la realidad como el resultado de una construcción de la vida social, sino que nos es impuesta como la única posibilidad, como algo que podemos criticar, pero no cambiar. Lo real es solo lo existente. Aquello que podría existir es solo una utopía, un no lugar. Crecemos, explicamos el mundo y nos construimos como ciudadanos a partir de esta idea. Después atravesamos, con la cabeza baja y resignada aceptación, la puerta de entrada al mundo del trabajo.

Acercarse al trabajo supone, por un lado, la puesta en práctica de todo lo aprendido, del principio de realidad: la insana competitividad, la jerarquía, la obediencia ciega y el «sálvese quien pueda», en los que hemos sido educadas; y, por otro lado, el derrumbe de las primeras expectativas sobre nuestro futuro. Si el sistema educativo nos otorgó expectativas, cuando vemos cómo

nuestro futuro se tiñe de precariedad, comenzamos a preguntarnos si realmente podremos llevar a cabo ese proyecto de vida que inventaron para nosotras.

Ellos nos lo están robando

La tasa de paro juvenil, a principios de 2011, se sitúa a la cabeza de los países de la Unión Europea. Este dato es preocupante e intolerable. Preocupante, porque demuestra que este sistema no apuesta por nosotros los jóvenes, convirtiéndonos en uno de los colectivos más afectados por la crisis y por la salida que nos están imponiendo. Intolerable, porque vemos cómo el aumento de los beneficios de unos pocos prima sobre nuestro derecho al trabajo.

Sin embargo, los números, aunque imprescindibles para conocer la realidad, solo presentan una cara del problema, por dura que esta sea. Pero hay más, mucho más. Acceder a un puesto de trabajo no significa ya hoy materializar el derecho a un trabajo digno: becas no remuneradas con abusivas condiciones, empleos temporales y, en muchos casos, sin cotización a la seguridad social, remuneraciones en negro, contratos de cuatro horas en los que curras ocho, jornadas partidas que impiden toda vida fuera del centro de trabajo, salarios de vergüenza, clima de competitividad extrema, incertidumbre sobre las renovaciones, condiciones de pésimo trato, ausencia de participación en las decisiones... esto es lo que las empresas reservan para nosotros. ¡Qué regalo!

Por otra parte, no somos unos pocos. Muchos colectivos comparten la precariedad y la incertidumbre

en mayor o menor intensidad: desde la cajera a la profesora asociada, del trabajador del Mc'Donalds al que da clases particulares, todos tienen en común que sus capacidades humanas y sociales están al servicio de una economía que las ha condenado a trabajar bajo la lógica del neoliberalismo.

Para los afortunados, todo comienza en el momento de formalizar el contrato, ese papel que la mayoría desconoce. Con su lenguaje formalizado y casi indescifrable, el contrato contiene todos los derechos, obligaciones y condiciones del trabajo que estamos a punto de aceptar y que organizarán nuestras vidas. Pero no tenemos tiempo para descifrarlo y valorarlo. Es urgente firmarlo porque, finalmente, ese papel nos va a dar acceso al trabajo.

Para los menos afortunados no existe un papel que medie entre ellos y la empresa. Las condiciones no están claras, ni los horarios, ni los días libres, ni las vacaciones —eso quien las tenga—, ni el salario. Una situación que aceptamos con una naturalidad plena, y que expresa, ahora sí, la única realidad existente: que para ellos somos mercancía muy barata y abundante, material favorito para la precariedad, para la subcontratación, para el trabajo negro, para las subcontratas y las ETT.

Y nosotras seguimos de rodillas

Nuestro contacto con el trabajo es precariedad en el sentido más amplio de la palabra: ausencia de cobertura legal, incertidumbre, sumisión, flexibilidad e intermitencia para nosotras. Los puestos de trabajo a los que

accedemos las jóvenes son precarios, al igual que lo han sido nuestra educación, las formas en las que nos han enseñado a socializarnos y nuestro ocio.

Así, es imposible deshacernos del estado precario una vez fuera del horario de trabajo que acaba por configurar nuestras vidas: la sensación de angustia, el agobio, la soledad, la incertidumbre del ámbito laboral nos acompañan fuera del trabajo. Los criterios de beneficio individual, egoísmo e inmediatez se instalan en las formas en que pensamos, consumimos y sentimos.

No son solo las condiciones en las empresas. El problema es que estamos solos. Los sindicatos tradicionales protegen y representan los intereses de unos trabajadores que no somos nosotros, en unos puestos de trabajo a los que difícilmente accederemos. En nuestros puestos estamos aislados, sin apoyo. Siguiendo las dinámicas establecidas por la empresa, los nuevos trabajadores precarios vemos pocas posibilidades para organizarnos de forma colectiva y establecer un «nosotros» enfrentado a la empresa. La ausencia del nosotros provoca que veamos al otro como un enemigo. Lo vemos en los puestos de trabajo, pero también cuando vamos en el metro por las mañanas: caras tristes y personas que se empujan para entrar al vagón. La precariedad está destruyendo la solidaridad que existe entre los iguales. Entre nosotros.

Entonces, llegó la Huelga General, una huelga que arrancó herida de muerte antes de empezar. Por un lado, las políticas de pactos de las grandes centrales sindicales con el gobierno y el momento en que se hizo, cuando ya mucho estaba perdido. Por otro, unos sindicatos

incapaces de dirigirse y movilizar al sector pos-fordista de la producción, nosotras, las trabajadoras precarias.

En esa huelga, los jóvenes precarios, aún poco articulados, decidimos participar. Allí acudimos a poner nuestros cuerpos frente a los de la policía, junto a los sindicatos mayoritarios. Pero nosotros no éramos ellos, éramos los jóvenes precarios que entendimos que en ese momento los sindicatos que no nos representan iban a luchar, y nosotros lo haríamos con ellos. Una vez más, vemos como la solidaridad de lucha no es recíproca. Pero no nos arrepentimos, nosotros permanecemos en la calle cuando ellos se encerraron en los despachos a firmar.

Por todo esto, porque no estábamos representados y no nos resignábamos a que no se escuchara nuestra voz, y porque tenemos la responsabilidad de gritar el «¡Ya basta!». Que no queremos seguir con estas condiciones laborales, con estos curros temporales de contratos basura, ni con estas prácticas no remuneradas. Y para entonar ese grito, para que se oyera fuerte, lo tuvimos que hacer entre muchos, entre muchos de nosotros: la Juventud Sin Futuro. «Vuestra crisis no la pagamos», gritaban las paredes.

Pero ahora nosotras podemos

Nuestra crítica no está vacía de contenido. Sabemos bien a lo que nos enfrentamos, lo que rechazamos. Al mismo tiempo, fruto del trabajo colectivo, somos capaces de presentar nuestras demandas. Demandas que se tornan exigencias y que conforman una alternativa real. Una alternativa más justa y equitativa.

Lo que queremos es acabar con esta diferencia salarial que enriquece a los menos y condena a los más. Desde la televisión se nos dice que tenemos que ajustarnos el cinturón, que esto lo arreglamos entre todos. Que no nos vendan la moto: los altos directivos y grandes accionistas de las principales empresas no han dejado de aumentarse los salarios y las bonificaciones. La realidad es que la crisis, hoy como ayer, la pagamos las de siempre.

Aunque cueste creerlo, no solo entre distintas posiciones dentro de la empresa, sino entre dos personas del mismo rango podemos ver esta desigualdad. Obscena desigualdad que perpetúa la brecha entre hombres y mujeres, iguales en derechos en las letras de la Constitución pero desiguales a los ojos de un sistema económico que también encuentra en el patriarcado su forma de extender la explotación. Con un 34,4%, según Adecco y la Escuela de Negocios IESE, España es el cuarto país europeo con mayor brecha salarial entre hombres y mujeres.

Además de la derogación de la Reforma Laboral, no como causa sino como intensificador de nuestra situación precaria, exigimos la creación de un nuevo contrato que atienda a las necesidades de los jóvenes en el momento de incorporarse al mundo del trabajo. Entendemos que el derecho laboral es una correlación de fuerzas en las que claramente vamos perdiendo. Situación que debemos revertir. La aparición de una nueva forma contractual permitiría combatir todas las situaciones precarias que caracterizan nuestra realidad laboral.

Ser muchos más

Para la reivindicación y la lucha, tenemos que dotarnos de los instrumentos necesarios. Necesitamos configurar un sujeto y unas formas de organización que permitan a los trabajadores precarios articularse como nuevo foco de resistencia contra los recortes que sufrimos mientras ellos engordan sus bolsillos.

Parece que empieza a haber aires de cambio. La Juventud Sin Futuro sabe que quiere acabar con todo esto, que la respuesta solo puede ser colectiva y que la lucha es el único camino. Cada día somos más. La ciudad ya lo sabe.

En el FNAC se puede leer «Violencia es cobrar 600 euros». En el muro de la facultad «precario si no luchas nadie te escucha».

Han sido demasiadas derrotas, ahora nos toca a nosotros.

V

Sin pensión

FABIO CORTESE, ANDRÉS BARRAGÁN E IRENE CRESPO

«Si no puedo trabajar, cómo voy a cotizar» (Pegatina JSF para el 7 de abril)

Nos han reprochado con dureza que reivindicemos nuestro derecho a una pensión pública y digna. Según esta postura tendríamos que preocuparnos, exclusivamente, por el presente y «esforzarnos» por encontrar empleo y salir adelante. Eso sí, cada cual como pueda. Sin embargo, del presente nos inquieta y nos indigna el paro juvenil y la precariedad generalizada que nos rodea, pero también nos preocupa y nos indigna el recorte de derechos de nuestro horizonte (sin) futuro. Es necesario, por ello, poner de manifiesto la íntima relación existente entre nuestra situación presente y nuestro futuro: el aumento de la edad de jubilación, medida estrella de la reforma de las pensiones, no consigue sino cerrar aún más las puertas a las y los jóvenes a la hora encontrar trabajo. Se excluye de esta forma del empleo a aquellos que tienen necesidad de trabajar y se fuerza a continuar con su actividad a quienes tendrían que tener el derecho de jubilarse y terminar sus días dignamente. La reforma del sistema de pensiones, realizada bajo el pretexto de su supuesta inviabilidad y encuadrable dentro del conjunto de recortes sociales, es también cosa de jóvenes.

Mirando hacia el pasado... en pie de lucha por el futuro

Los sistemas públicos de pensiones forman parte de los derechos sociales, de ese «contrato» social europeo fundamentado en la solidaridad y la justicia, luchado y conquistado por las generaciones que nos antecedieron, sobre todo a partir de los años cincuenta del siglo xx. Hoy nos encontramos, por el contrario, ante el progresivo desmantelamiento del conocido como Estado del Bienestar. El contexto de crisis actual está siendo utilizado como coartada para justificar la imposibilidad de su mantenimiento. Pero en la defensa de este modelo de bienestar, sabemos que hay en juego victorias históricas por los derechos sociales.

Han sido estos últimos años los que han visto el mayor número de reformas de los sistemas de seguridad social en los países europeos, con el denominador común del aumento de edad de jubilación. Si bien las reformas se han ido aprobando, el amplio rechazo ciudadano en contra de estas ha sido manifiesto: cabe subrayar las grandes movilizaciones sucedidas en Francia en el último cuatrimestre de 2010, en las que el movimiento juvenil y en especial las y los estudiantes de institutos demostraron estar muy concienciados y en pie de lucha por su futuro. La lógica neoliberal, que transforma paradójica e interesadamente el logro humano y social que supone el aumento de la esperanza de vida en argumento tramposo —omitiendo el crecimiento en paralelo de la productividad— para promover el desmantelamiento del sistema público de

pensiones, ha conseguido mucho eco en los medios de comunicación. Sin embargo, podemos afirmar que no ha calado entre la mayoría que se gana el pan de cada día con su trabajo.

¿Poderosos argumentos o argumentos de los poderosos?

En España, el sistema de pensiones que se había consolidado como una de las bases para nuestra democracia y nuestro Estado de bienestar, ha venido siendo puesto en cuestión por numerosos informes y estudios catastrofistas que han alcanzado gran repercusión mediática. Si sus predicciones hubieran sido acertadas, nuestro sistema público de pensiones ya habría quebrado en varias ocasiones a lo largo de los quince últimos años. Por el contrario, que a día de hoy, la seguridad social mantenga su superávit tiene en realidad una explicación bien sencilla: estos estudios, financiados por bancos, entidades financieras y conglomerados empresariales, están interesados en crear alarma sobre el futuro de las pensiones públicas precisamente para favorecer e incrementar el espacio de mercado de los fondos privados de pensiones que estas mismas entidades ofertan. El objetivo parece claro: hacer de un derecho social básico un suculento negocio con el que especular. Las reformas de los sistemas de seguridad social persiguen una única consecuencia: ampliar las dificultades para cumplir el período de cotización y así reducir la cuantía de las pensiones obligando con ello a contratar planes de pensiones privados para así complementar las pensiones públicas.

Sin embargo, el control de las pensiones por parte de la banca no garantiza ni la disponibilidad a largo plazo, ni ante crisis y quiebras. Se oculta, por otra parte, a la ciudadanía que estos planes de pensiones privados han sufrido los efectos de la crisis financiera, de manera que en la mayoría de los casos los/as trabajadores/as han perdido parte de sus aportaciones. Los «poderosos» argumentos sobre la inviabilidad de las pensiones públicas son más bien los argumentos de los poderosos y se basan en análisis acientíficos y datos erróneos, tal y como han puesto de manifiesto numerosos economistas e intelectuales durante los últimos años.

Sin presente, sin futuro

Bajo el paraguas de los argumentos de los poderosos, del pensamiento único neoliberal para el que solo cabe dar una salida antisocial a la crisis, el gobierno comienza a anunciar desde febrero de 2010 la reforma de las pensiones que, promovida por la presión de las élites e instituciones económicas de nuestro país y de Europa, se materializa finalmente a finales de enero de 2011, con el beneplácito de la oposición y los sindicatos mayoritarios. Los principales puntos de la reforma consisten en que la edad de jubilación pasará de 65 a 67 años y serán necesarios 38 años y medio cotizados para conseguir el 100% de la pensión a los 65 y 37 años a los 67, proceso que se completará en 2027, y en el aumento del período para el cálculo de la base reguladora de la pensión que pasa de 15 a 20 años. Estas medidas suponen un recorte histórico sin precedentes de derechos para el

conjunto de los/as trabajadores/as que verán recortadas sus pensiones. Además, esta reforma no nos tiene en cuenta, pues las y los jóvenes vamos a pagar por partida doble estos recortes.

Si actualmente nuestro panorama laboral es desolador, con la tasa de paro juvenil más alta de Europa y para los/as afortunados/as contratos temporales en trabajos basura que nada tienen que ver con sus estudios y precariedad generalizada, la dilatación del relevo generacional en el mercado laboral nos dificultará aún más la posibilidad de acceder a puestos de trabajo. ¿Cómo alcanzar los 38 años y medio de cotización necesarios para una pensión completa si nos incorporamos tarde al mercado laboral, si además cada vez es más complicado compaginar estudios y trabajo, si alternamos curros sin contrato con meses de prácticas en empresas, si se suceden meses de desempleo con becas mal remuneradas que encubren puestos de trabajo? Somos los eternos becarios: una beca y una práctica tras otra. Y de fondo, una reforma laboral que ha flexibilizado y ampliado estos tipos de contrato y que nos aboca a un horizonte en el que es imposible atisbar la estabilidad laboral. Y todavía no está claro si los periodos transcurridos como becarios/as podrían considerarse, al menos, como parte de la vida laboral. En definitiva, se trata de oponerse a la lógica de trabajar más ahora y percibir menos en el futuro.

Si para la juventud esta reforma supone un doble perjuicio, ser mujer añade un tercer factor discriminatorio en el acceso a la pensión. El sistema de pensiones derivado de esta reforma continúa discriminando a las

mujeres, perpetuando su situación como sujetos económicos no activos y dependientes de los hombres. Pese a que en el Pacto de Toledo se recoge por vez primera una recomendación dedicada exclusivamente a la cuestión de género, esta solo plantea medidas que mantienen la dependencia de la mujer y no rompen con la lógica que sustenta la desigualdad entre hombres y mujeres. El nuevo sistema de pensiones sigue basándose en el modelo tradicional de hombre productivo y empleado y mujer cuidadora reproductora, beneficiaria de una pensión no contributiva.

En concreto, la ampliación del período de cotización de 15 a 20 años resulta una condición especialmente complicada para las mujeres. La conciliación laboral está enfocada hacia las mujeres, siendo estas quienes renuncian al empleo para cuidar de niños, ancianos y personas dependientes, una importante carga de trabajo que los hombres no asumen. Por otro lado, los contratos temporales y a tiempo parcial, los bajos salarios y las altas tasas de paro, son realidades que afectan especialmente a las mujeres jóvenes. Todo ello supone importantes lagunas de cotización que dificultan el alcanzar el cómputo de los 20 años de cotización. Además, en este contexto de recortes en derechos y prestaciones sociales, sobre las mujeres recae una mayor carga de trabajo invisibilizado y denostado en la esfera privada.

Hay alternativas

Nosotros/as somos conscientes de que, a día de hoy, nos será difícil disfrutar de una pensión pública y digna

cuando nos jubilemos, si es que llegamos a la jubilación. Hemos leído y conocemos las falacias que se han escrito para intentar justificar esta reforma que, en la línea del resto de recortes sociales, apuesta por recortar derechos a la mayoría social y beneficiar a la minoría responsable de la crisis y, de esta forma, apostar por el mismo modelo de crecimiento económico que nos condujo a la crisis.

Ante las perspectivas de futuro es importante que nuestra indignación no se torne en resignación e impotencia. De la misma manera que analizamos las medidas que se están imponiendo, sabemos y reivindicamos que hay alternativas. ¿Por qué no acometer una reforma del sistema financiero, en el que se originó esta crisis, en lugar de recortar derechos laborales y pensiones? ¿Si ha habido dinero público —y mucho— para sanear bancos y cajas, cómo no lo va a haber para garantizarnos una jubilación digna? Mientras en España se encendía el debate sobre la viabilidad de las pensiones públicas y se preparaba la reforma, en diciembre de 2010, al otro lado del charco pero en las antípodas de las dinámicas y narrativas políticas europeas, se promulgaba en Bolivia una ley que reducía la edad de jubilación a los 58 años. El presidente de Bolivia, Evo Morales, declaró que la ley era prueba de un «fortalecimiento democrático, en el que los ciudadanos son protagonistas de las decisiones». A nosotros/as, por el momento, nos bastaría con no ser sistemáticamente ignorados/as. Y hay alternativas.

VI

Salvan los bancos, destruyen la educación

EDUARDO RUBIÑO

Resulta necesario admitir que, pese a la intención de JSF de nacer como referente de la juventud en su conjunto, su base social principal se ha encontrado desde el primer momento en las universidades. Han sido el conjunto de asociaciones universitarias repartidas por distintas facultades (muchas de ellas nacidas al calor de las movilizaciones anti-Bolonia) las que han compuesto mayoritariamente la plataforma. Por ello no es casualidad que la atención a cuestiones relacionadas con la educación en general, y la universidad en particular, hayan estado presentes en las reivindicaciones de la plataforma, jugando un papel de gran importancia. La lucha contra la mercantilización de la universidad se ha traducido en exigencias concretas de la plataforma, al tiempo que algunas de las asociaciones que participan en JSF han desarrollado, en lo local, actividades centradas en articular una respuesta a los ataques que sufre la educación.

Para entender la situación crítica por la que atraviesa la educación es necesario partir de dos puntos:

1. Proceso de aplicación de «Bolonia»

El plan Bolonia ha supuesto una descualificación general de los títulos universitarios. ¿Por qué decimos

esto? Primero, hagamos memoria al respecto: tras la Segunda Guerra Mundial era necesario formar a una gran cantidad de trabajadores cualificados debido a las demandas del tejido productivo. En la actualidad, la demanda laboral ha cambiado por completo, lo que ha resultado en una sobrecualificación de la población. Por ello, el mercado laboral ya no requiere tal cantidad de especialistas, sino que demanda trabajadores «flexibles» que sepan adaptarse a trabajos que requieren baja o nula cualificación. Esto se evidencia en el espectacular crecimiento de la demanda de reponedores, camareros, dependientes, limpiadores, etc. que hemos experimentado en los últimos años. La universidad de masas deja así de ser necesaria y por ello se ve obligada a reconvertirse según las nuevas demandas productivas.

Esta reconversión ha traído consigo, por un lado, una descualificación de los títulos universitarios que se han visto vaciados de contenidos. Así, por ejemplo, si anteriormente para ser doctor se requerían 12 años de estudio como mínimo, en la actualidad se requieren 8 años como máximo, con lo que un doctor actual es en la práctica lo que antes era un mero licenciado. Por otro lado, se ha producido la sujeción de la investigación universitaria a las demandas de la economía, mediante la vinculación de la financiación pública a la financiación privada. Ahora el Estado invierte solo en aquello en lo que las empresas privadas han mostrado anteriormente algún tipo de interés. Las consecuencias son evidentes: aquellas áreas que resultan indiferentes para el tejido productivo (como las letras o las ciencias puras) ven mermada día a día su financiación, al tiempo

que las investigaciones científicas dejan de regirse por criterios académicos o de interés social para empezar a atender únicamente a aquello susceptible de ser vendido a las empresas. En resumen: del mismo modo que es más rentable financiar cremas antiarrugas que vacunas para enfermedades raras en la Facultad de Farmacia, en las Ingenierías también se potenciaría fabricar coches que queden obsoletos en pocos años, lo que contradice aquello que se entiende por ser un buen ingeniero o un buen farmacéutico.

2. La crisis económica, los ataques a lo público y los recortes en educación

La crisis económica ha servido para realizar recortes sin precedentes en educación. Esto es aun más grave en un país que ya de por sí destinaba uno de los presupuestos más bajos de la UE a este ámbito. Al tiempo que veíamos como el gobierno de Zapatero, chantajado por los mercados, dedicaba 70.000 millones de euros a salvar bancos y cajas de ahorro (lo cual, en la medida en que el dinero se dio a fondo perdido no puede entenderse más que como un auténtico robo a todos los ciudadanos) se recortaban 2.000 millones destinados a educación. Un duro golpe para el sistema educativo público.

La UE2015: al ataque del gobierno y la financiación de las universidades

Y, después de la aplicación de Bolonia y en pleno impacto de la crisis capitalista, nos topamos con la segunda parte de la reconversión universitaria. Así, la llamada Estra-

tegia Universidad 2015 veía la luz tan solo unos meses después de la implantación definitiva de Bolonia en las universidades públicas españolas. En esta ocasión, la radicalidad de sus propuestas y su contundente lenguaje dejaban boquiabierto a todo aquel que encontraba esos documentos. Si bien en el movimiento contra Bolonia los estudiantes se esforzaban por rebuscar en los documentos oficiales los verdaderos planes de la élite económica para la universidad, con EU2015 no hay lugar para la duda. Ya no es posible el negacionismo. Los documentos, que se pueden encontrar en la página del Ministerio de Educación, dicen explícitamente que de lo que se trata es de poner la universidad al servicio de la economía.

¿Pero qué se propone en esta EU2015 concretamente para la universidad? Nada mejor que, como venimos haciendo desde el movimiento estudiantil, acudir a un texto oficial. En este caso, de un organismo fundamental en la reconversión de la universidad española: la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación). En un documento fechado en 2009 se afirma lo siguiente:

«Las instituciones deben competir y diversificar sus fuentes de ingreso; surgen nuevos proveedores (instituciones privadas, universidades corporativas; los estudiantes pagan aranceles y pasan a ser clientes; los profesores son contratados y dejan de ser funcionarios; las funciones institucionales se convierten en desempeños y sujetan a minuciosas mediciones; se enfatiza la eficiencia y el *value for money*; los modelos de negocio sustituyen en la práctica a los planes estratégicos; la gestión

se racionaliza y adopta un estilo empresarial; el gobierno colegiado se transforma en corporativo al independizarse de los académicos e integrarse con representantes de los *stakeholders* externos; los investigadores son estimulados a patentar y los docentes a vender docencia ‘empaquetada’ a las empresas; los incentivos vinculados a la productividad académica reemplazan las escalas salariales asociadas al cargo; los currículos son revisados y sancionados en función de su pertinencia laboral y evaluados por agencias externas en relación a su calidad; las culturas distintivas de las instituciones y sus «tribus académicas» empiezan a ser tratadas como asunto de clima organizacional; las universidades son comparadas por medio de rankings locales y clasificadas geopolíticamente a nivel global (he ahí la *realpolitik* de los prestigios institucionales); se crea un mercado global para servicios de educación superior y su regulación se resuelve en las rondas del GATS (el Acuerdo General sobre el Comercio de Servicios), no en sede académica. En fin, «la universidad ya no es más un lugar tranquilo para enseñar, realizar trabajo académico a un ritmo pausado y contemplar el universo como ocurría en siglos pasados. Ahora es un potente negocio, complejo, demandante y competitivo que requiere inversiones continuas y de gran escala.»

No se puede ser más explícito. Nadie puede negar que nuestras críticas no disponen de base real: nos encontramos con un ataque a la universidad en su conjunto y que afecta a todos los sectores que la componen. Así, tras la reforma de las titulaciones propia del proceso de Bolonia, dos son los objetivos que se propone en la

EU2015: reformar el sistema de gobierno de la universidad y cambiar el actual modelo de financiación de las universidades españolas.

La gobernanza

El documento de Gobernanza enmarcado en la EU2015 plantea remover por completo el sistema de gobierno de las universidades. Se pretende la sustitución del actual modelo (más o menos democrático de la universidad), en el que la comunidad universitaria está representada en claustro y en las juntas y elige a sus correspondientes rector y decanos mediante sufragio, por un nuevo modelo piramidal de empresa. Para ello se prevee la creación de una junta de gobierno formada por miembros externos (léase en su mayoría empresas) nombradas a dedo por las autoridades gubernamentales y que tenga plenas capacidades ejecutivas. Así, entre sus atribuciones se encuentra la de designar y remover al rector, que ya no tiene por qué ser un académico sino que ahora deberá ser un mero gestor. A su vez se dotará al rector de libertad para designar y destituir a los decanos y estos a su vez a los jefes de departamento. Con ello no solo se produce una inversión del poder universitario sino que además se produce una auténtica injerencia gubernamental y empresarial en la universidad pública. Ello destruye definitivamente el principio de autonomía universitaria. Según este principio, el poder de la universidad recae sobre la comunidad universitaria para preservar la libertad científica-académica de posibles intromisiones interesadas. Esto representa un princi-

pio democrático básico que se encuentra al nivel de la libertad de expresión: la libertad de los académicos a realizar investigaciones según criterios meramente académicos y por tanto desinteresados, al margen de cualquier influencia externa que desfigure la realidad. De la misma manera que nos parecería escandaloso que los jueces estuvieran al servicio de una determinada empresa o de un determinado gobierno, es esencial proteger la universidad y la investigación del resto de poderes fácticos que podrían doblegar su actividad.

En síntesis, en lo relativo a la gobernanza de las universidades, esta reforma pretende acometerse de forma paulatina, incrementando las atribuciones de los actuales consejos sociales y dejando el papel del claustro universitario como «meramente consultivo». En definitiva: la reforma de gobernanza no puede entenderse más que como un auténtico golpe de Estado en la universidad por parte de los poderes económicos y la clase política dominante. Además, esta reforma se agrava si tenemos en cuenta la aplicación del nuevo Estatuto del Estudiante (que fue aprobado el 31/12/2010) por el que la representación estudiantil se ve absolutamente mermada llegando al extremo de que el máximo órgano de representación estudiantil está encabezado por el ministro de Educación y cinco cargos vitalicios nombrados directamente por él.

El modelo de financiación de las universidades

En el marco de la EU2015, más allá de los recortes progresivos en la financiación pública en favor de fondos

públicos vinculados a la inversión privada, el gobierno prevé un aumento de las tasas de matrícula sin precedentes. Bajo el lema «que paguen los vagos» se pretende cobrar el 50% de los costes reales de una plaza en segunda matrícula y el 100% en sucesivas convocatorias. En la actualidad un estudiante paga un 15% de los costes reales de su plaza en una asignatura, con lo que en la práctica la reforma supone que su precio se triplique en segunda convocatoria y podría llegar a costar 800 en las sucesivas convocatorias. Estaría muy bien que nuestros gobernantes cursaran alguna asignatura en las carreras más exigentes (como medicina o ingeniería) donde el porcentaje de aprobados ronda el 25% y se atreviesen entonces a llamar al resto «vagos». Por otra parte, el programa de becas que podría paliar esta subida de tasas se transforma en un sistema de préstamos bancarios que hipotecan el futuro de los estudiantes (becas préstamo con intereses fijos) o incluye umbrales de ingresos mínimos enormemente excluyentes. Con todo ello, evidentemente se termina definitivamente con el libre acceso a la universidad pública.

Un análisis minucioso de EU2015 revelaría otros muchos problemas que se enmarcan en esta lógica de mercantilización, descualificación y precarización de la educación que ya ha mostrado sus resultados con la aplicación de la LOU, la LOGSE y el plan Bolonia. Es fundamental, además, comprobar los efectos de este proceso en la educación secundaria, primaria y preescolar. Pero si bien este breve artículo solo pretende ser una muestra del panorama educativo, los datos aquí expuestos sí pensamos que son suficientes para demostrar la

magnitud del ataque que sufre la Educación en nuestro país. Esperamos que pueda contribuir a transmitir la necesidad de articular una respuesta de la comunidad educativa en su conjunto (ya que se ve afectada en su conjunto). Por ello, hacemos un llamamiento a la lucha por defender la educación pública activamente. En concreto, animamos a los estudiantes a organizar asambleas que representen el punto de partida de un movimiento.

El 15-M nos ha demostrado que es posible levantarnos contra los recortes sociales y la destrucción de nuestros derechos conquistados y resulta fundamental que este levantamiento tenga también reflejo de las reivindicaciones concretas de la comunidad educativa.

La educación no está en venta.
Universidad: ni escuela de élites,
ni fábrica de precarios/as.

VII

Sin miedo

RITA MAESTRE Y CARMEN ALDAMA

Adelante, adelante, ven a ver lo que es tu propia fuerza, míralo con tus ojos sin rostro y verás que no hay vías muertas, así que no es real la facilidad con que nos dan la respuesta, la proposición de los Sin Rostro es una pregunta abierta.

Hechos Contra el Decoro «La Danza de los Nadie»

De lo concreto...

El 7 de abril, tras muchas reuniones y asambleas previas, comenzamos. Una manifestación de jóvenes —y no tanto—, hartos de la precariedad, de los contratos basura, de los recortes de derechos, del cuento chino de la inevitabilidad de los ajustes; hartos de que «apretarse el cinturón» signifique, en la práctica, que los que más perdemos somos los de siempre: los de abajo.

La manifestación desbordó con creces las previsiones de la plataforma; el miedo, el desencanto, el malestar provocados por un presente basura y un futuro todavía más negro pueden provocar rabia e indignación, pero también puede generar apatía y egoísmo. Esa sensación difusa de que hagamos lo que hagamos no se puede cambiar nada: la lógica del «sálvese quien pueda». Si a eso le sumamos muchos años de derrota ideológica y de apología del individualismo, las previsiones eran

aún peores. Pero resulta que algo estaba empezando a cambiar; resulta que poco a poco, gracias al trabajo de base, a una efectiva campaña de comunicación y movilización de Juventud Sin Futuro, dirigida a los jóvenes normales, a aquellos no movilizados, los que todavía no saben muy bien por qué pero sienten que su derecho al presente y al futuro les está siendo robado, empezaba a dibujarse una línea muy clara. Por un lado, entre «nosotros»: aquellos que sufrimos las durísimas consecuencias de una crisis que no hemos creado y que no encontramos cauces para cambiar el rumbo de las decisiones políticas de los gobiernos; y por otro lado «ellos»: los que se lucran, los banqueros, los especuladores, los gobernantes que han perdido su legitimidad democrática porque no gobiernan para la ciudadanía sino para los mercados. Resulta que el miedo se iba disipando, y calaba la conciencia de que ante una agresión colectiva como la que estábamos —estamos— sufriendo, solo caben respuestas colectivas: de todos, entre todos y para todos.

Tras el primer tumulto decidimos continuar desarrollando nuestra tabla de reivindicaciones, ampliándola, moviéndonos en las universidades, en los institutos, señalando a los culpables —llenando de pegatinas los grises bancos. Al mismo tiempo, comenzamos a participar en la convocatoria de la Plataforma Democracia Real Ya que, a través del trabajo y la discusión en la red, estaba promoviendo manifestaciones en todas las ciudades del Estado para el 15 de mayo. Manteniéndonos como grupo independiente de esta, con nuestro discurso y nuestras propuestas, pero compartiendo el

sentir general de la protesta que denunciaba (al igual que nosotros) que no es democracia un sistema en el que el ejercicio de la política se desarrolla por mandatos imperativos que privilegian minorías insaciables. Participando en sus asambleas organizativas en Madrid, en las asambleas ciudadanas abiertas en el parque del Retiro, debatiendo en los grupos de facebook y promoviendo la convocatoria, la hicimos también nuestra.

El 15 de mayo recorrimos el centro de Madrid con un bloque colorido encabezado por un *book block*: símbolo de que nuestras luchas están unidas con las de los estudiantes europeos, y con esto reivindicamos de nuevo que es a través de la cultura y el conocimiento que se construyen las mejores sociedades. De nuevo desbordamos, junto a las decenas de miles de personas que ese día comenzaron a salir del letargo del desencanto y la confusión, la Plaza de Sol, y dejamos nuestra huella con una pancarta que gritaba: esta no es nuestra crisis, no estamos dispuestos a pagarla y hemos perdido el miedo a exigir un cambio en el sistema político y el modelo económico.

Spanishrevolution

Y aquí empieza un capítulo de la historia que está todavía escribiéndose. Tras la masiva manifestación, un muy numeroso grupo de personas siguió recorriendo las calles del centro, las mismas que hasta que comenzó la acampada eran territorio de turistas y compradores. El objetivo era señalar a aquellos que se han lucrado a costa del sacrificio de las grandes mayorías, a aquellos

que sí que merecen (según los gobiernos) un rescate millonario. Así, cientos de ciudadanos recorrieron las calles, bloquearon el tráfico, hicieron sentadas pacíficas y, en definitiva, se adelantaron a lo que solo un par de días más tarde se convertiría en una práctica masiva.

Al terminar esta manifestación, también duramente reprimida por quienes aún no entienden la consigna sin miedo, algunos cientos decidieron quedarse a dormir en la Puerta del Sol para continuar con la protesta. Ante el desalojo policial que se produjo un día más tarde, de repente, todos a una, la ciudad de Madrid respondió con firmeza: se convocó una concentración en el Kilómetro Cero que fue masiva, viva, rica, y que bajo el histórico grito, «no nos moverán», decidió mantener la acampada y convocar concentraciones todos los días a la misma hora.

Y, ahora, ante nuestros ojos, tenemos un espectáculo que nunca habríamos podido imaginar: la Puerta de Sol tomada, durante una semana —hasta la fecha— por sus ciudadanos. Un campamento auto-organizado por miles y miles de personas, en el que la gente duerme, come, «vive». Las labores en la acampada se realizan a través de distintas comisiones que organizan la convivencia diaria, y también en grupos de trabajo que discuten en asambleas públicas de cientos de personas varios ejes temáticos y que tratan de articular una serie de exigencias y reivindicaciones a los poderes políticos y económicos. No es este el lugar para enumerar ni las tareas concretas a las que miles de personas dedican sus horas para mantener la acampada, ni las cuestiones discutidas en los ejes de propuestas políticas. Pero sí creemos necesarios dos

apuntes al respecto. En primer lugar, que la acampada en Sol desmiente un pilar fundamental de la ideología dominante: que el ser humano es egoísta por naturaleza, que cada uno mira por sus propios intereses y solo actúa si en el cálculo coste-beneficio sale ganando. Poco ganan, aparentemente, los chavales que cada media hora, incluyendo las madrugadas, recogen la basura provocada por miles de manifestantes y barren el suelo de la plaza para que la acampada siga siendo un lugar agradable e higiénico. Pero sí ganan: porque han comprendido, o están en proceso de comprender, que la cooperación, la solidaridad, el espíritu colectivo, no solo son más satisfactorios que el individualismo y el miedo al otro, sino que además son las únicas herramientas que han provocado el progreso en la historia de la humanidad.

En segundo lugar, la dimensión de reapropiación colectiva del espacio común. En una ciudad hostil como la nuestra, tras años de destrucción del tejido asociativo de los barrios y la privatización de los espacios comunes, es un hecho histórico que miles de ciudadanos hayan decidido desobedecer la ley que les prohíbe tanto concentrarse como acampar en la «Comuna de Sol» y hayan convertido las plazas y las calles en lugares de discusión pública y abierta.

Y es que la política en la calle es la mejor política: cuando los ciudadanos recuperan el centro de la ciudad escapate, cuando todos perdemos el miedo por encima de las contradicciones, cuando las paredes se llenan de ideas, de poemas, de consignas.

Madrid rebelde, Madrid hermosa, Madrid sin miedo.

...a lo abstracto

El poder, como la relación vertical que se establece entre dominantes y dominados, es antagónico respecto al poder establecido como la relación horizontal que se deriva del actuar concertadamente. Y la política es expresión misma de la lucha por el poder.

La degradación de lo que la palabra política significa o el adoctrinamiento bajo valores individualistas nos impiden ser conscientes de las herramientas que podrían cuestionar nuestra condición de subordinados.

Nos enseñan a temer al otro para que, desconfiando de todos menos de uno mismo, no podamos descubrir y generar una identidad compartida. Desvirtuando las palabras, nos hablan de un «sentido común» que es, en realidad, voluntad de una minoría privilegiada. Y su miedo a que este se convierta en nuestro «buen sentir», producto de una construcción colectiva que solo puede ser integradora, se esconde tras el monopolio de las múltiples expresiones de una violencia legitimada.

El colectivo desobediente es, hasta la explosión de participación, una anomalía y su manifestación es molesta para la política institucionalizada. La organización y el aprendizaje de nuevas formas de socialización son el caldo de cultivo del poder popular. La recuperación de los espacios comunes como núcleos de producción de pensamiento crítico, el reclamar las calles en voz alta o la construcción de un «nosotros» innovador genera, cuando se extiende, la materialización de este contrapoder.

La movilización encauza, de esta forma, los objetivos mínimos de consenso que se intensifican con el

zarandeo intenso de la rabia colectiva. Pero esta vez, ya producido el primer tumulto, el movimiento decide perpetuarse y romper con la apatía de toda una generación y, así, entonar cánticos de lo posible.

Los pocos e insólitos indignados son ahora cientos, miles. Los que fuimos constantemente silenciados, ahora somos legitimados por la cuantía. Los nuevos transeúntes son los nuestros; y esta expresión quiere poner especial énfasis en la acepción de pertenencia que el posesivo conlleva: son los nuestros porque les pertenecemos; son los nuestros porque rezuman aquella voluntad de cambio que hasta ahora ha dado sentido a nuestra apuesta política.

El reproche social, como punto cardinal de un potencial discurso contrahegemónico, no puede ser dispersado por la coerción implícita al Estado; y el miedo ante lo inevitable no lo tenemos ya los dominados, sino que se convierte repentinamente en característico de los dominantes que, después de haberse acostumbrado a ejercer la «política del absurdo», se miran atónitos y eluden valorar nuestra respuesta colectiva.

En la Plaza, las prácticas cotidianas de los activistas se universalizan. La individualidad impuesta se difumina para convertirse en pertenencia colectiva. Dotarnos de voz nos exige aprender a escuchar, haciendo que tomemos conciencia de la apariencia del Otro. Las palabras y sus significados se redefinen. Aprendemos que el consenso se deriva de la capacidad de ceder, integrando las múltiples y variadas opiniones. El desarrollo progresivo de la toma de conciencia compartida se hace, así, cada vez más sólido y resistente.

Nuestra generación encarna la valentía de no subordinarse a las limitaciones impuestas ni al relato de las necesidades ilimitadas que han hecho, hasta ahora, que nos distanciamos y nos alienemos del Otro.

Construyendo nos dotamos de un tejido assembleario que clama por ser parte vinculante de las decisiones para que, así, el poder constituido se entregue al poder constituyente.

Desobedientes, damos origen a un nuevo tiempo que invade la Plaza. Hacer política se materializa en vivir la política, y hacer de ella una práctica participativa y comunitarista, a veces dulce, emocionante o incluso doliente.

Sol se convierte en alegoría y silueta de una «microciudad» que debe desahogarse mediante la ocupación real de la metrópoli en su totalidad.

La organización colectiva debe emigrar del símbolo a la personificación para invadir los espacios que habitamos cotidianamente, haciéndonos voceros de lo que podría ser un proceso de ruptura.

VIII

Algo habrán hecho bien. Una juventud «sin futuro» pero con estilo

IÑIGO ERREJÓN

El viejo mundo se muere. El nuevo tarda en aparecer. Y en ese claroscuro surgen los monstruos.

ANTONIO GRAMSCI

La iniciativa «Juventud Sin Futuro» tuvo su primera aparición pública el jueves 7 de abril de 2011 en Madrid, en una manifestación que reunió a más de 6.000 personas, y que encontró un gran eco mediático y atención en las redes sociales. Al mismo tiempo, constituye un punto de referencia obligada en el comienzo de la escalada de crecimiento cuantitativo y cualitativo de las protestas contra la crisis y, finalmente, de impugnación de las élites político-económicas. El 15 de mayo, tras la manifestación de «Democracia Real Ya» en la que participó Juventud Sin Futuro, se abrió un masivo movimiento de autonomía popular que acampó en la Puerta del Sol y se extendió por las plazas de todo el Estado, desobedeciendo las prohibiciones de la Junta Electoral Central. Especialmente lo que muchos analistas han denominado «la comuna de Sol» constituye el catalizador de un movimiento que excede con mucho los objetivos de esta reflexión, y que está en marcha al momento de escribir estas líneas, con la imprevisibilidad y el vigor típicos de los tiempos de aceleración histórica. En el

estilo discursivo se aprecian, no obstante, importantes similitudes con el de «Juventud Sin Futuro», que no serán glosadas pero que pueden sustentar la hipótesis central del texto.

El movimiento en marcha no solo es una expresión de la indignación generalizada. La iniciativa Juventud Sin Futuro es una iniciativa que ofreció un modo concreto de articularla políticamente, que recibió un espaldarazo en su capacidad de introducir en la agenda cuestiones —como la precariedad, la dificultad del acceso al derecho a la vivienda, o los recortes en sanidad y educación— antes vividas como «naturales» y ahora politizadas en el sentido de vividas como un problema con responsables, víctimas y una solución potencial que pasa por la movilización.

La crisis y su gestión política han brindado sobrados ejemplos de que la acumulación de «razones objetivas» para la indignación no basta por sí sola, para generar movilización política con capacidad de masas. El análisis del discurso de «Juventud Sin Futuro» puede ofrecer algunos elementos que ayuden a explicar las razones de su relativo éxito: qué hicieron bien para salir de los círculos habituales de contestación política e irrumpir en la agenda pública, con una alta legitimidad y fuerza para contestar la representación dominante sobre la crisis y sus damnificados. Estas conclusiones son altamente relevantes para la práctica de la política transformadora.

El contexto político: el sentido común de la resignación

El paquete de contrarreformas adoptadas por el gobierno del PSOE desde mediados de la segunda legislatura de Rodríguez Zapatero para hacer frente a la crisis económica apunta claramente a una socialización de los costes entre las clases subalternas, que menos disfrutaron de los años de bonanza económica. En ese sentido, supone un programa de redistribución regresiva de la renta y una agudización de una redefinición del pacto social en beneficio de los más ricos.

Por otra parte, la invocación de las necesidades de «los mercados» como causa objetiva que justifica a los gobernantes de la Unión Europea para incumplir los compromisos electorales adquiridos apunta a una redefinición del contrato político. Además de una expresión de la erosión de la soberanía popular, modifica la naturaleza misma de la representación democrática, devaluándola y preparando las condiciones para su crisis. Si bien esta posición de los estados no constituye una novedad, sí lo es, en cambio, que se normalice la invocación de «los mercados» en el debate público para evitar la rendición de cuentas de los gobernantes y, eventualmente, suspender la posibilidad de discutir sus políticas.

En el Estado español, las contrarreformas han estado hasta ahora blindadas por un consenso entre los dos principales partidos políticos, la aquiescencia más o menos forzada de los sindicatos mayoritarios y la convergencia de la mayor parte de expertos, analistas y

académicos. Esta operación, que Slavoj Žižek describiría como pospolítica, ha naturalizado la gestión y la esencia misma de la gestión política de la crisis, precisamente despolitizándola. Así, los motivos, las condiciones y los intereses favorecidos por los recortes quedaban fuera de la discusión política, que se reducía a quién y cuándo interpretaba el que, a grandes rasgos, era el mismo guión. Todo el ruido en torno al «cómo» ha contribuido a suspender el «qué» y «por qué» por encima de la discusión política, hurtándose así a la voluntad popular. De esta forma, se obtiene así un consenso pasivo que acepta las medidas de ajuste como decisiones técnicas sin alternativas viables, en medio de un clima de cinismo individual, fragmentación y erosión de las identidades colectivas subalternas. Estamos ante el corazón de la hegemonía neoliberal.

El acuerdo PSOE-PP y el pacto firmado por la Patronal, el gobierno y las principales centrales sindicales constituyen los puntales de una maniobra política que alinea el campo político generando una gran mayoría de orden y forzando a los sectores sociales más golpeados por las contrarreformas a la resignación o el aislamiento. De alguna forma es heredero y continúa los pactos fundantes de la Transición. El bloque dominante ha sido capaz así, en un contexto de erosión de los derechos adquiridos y a pesar de dejar un número creciente de demandas insatisfechas, de mantener el consenso sin aumentar apenas el nivel de coerción. Esta operación política, fundamental para explicar la estabilidad política en medio de las turbulencias económicas, se le ha escapado a la izquierda economicista para la que no

cuadraban las cuentas: el empeoramiento de las condiciones de vida no se traducían, contra sus pronósticos, en una mayor agitación social.

La capacidad de interpelación de Juventud Sin Futuro

La manifestación del jueves 7 de abril sugirió una posibilidad de erosión de este escenario. Las minorías más conscientes y activas de los colectivos de facultad de las universidades públicas madrileñas fueron capaces de organizar una manifestación que lejos de sucederse como una protesta más, estuvo caracterizada por la enorme atención mediática, una asistencia proporcionalmente muy superior a los recursos disponibles para la convocatoria, y el ambiente general de ilusión y euforia, de algo que comienza. La marcha estuvo atravesada por consignas, pintadas, levantadas en pancartas y carteles, y gritadas, que cuestionaban la naturaleza democrática del orden actual, denunciaban la condena de toda una generación a la precariedad y manifestaban el alejamiento creciente de la juventud de la representación política y la confianza en las élites económicas y políticas, identificadas crecientemente como una «casta» cuyas diferencias internas eran mucho menores que sus semejanzas y convergencias de fondo.

¿Qué propició, en un contexto de desmovilización y cultura política de la apatía, tal movilización? La causa quizás haya que buscarla en el discurso de la plataforma «Juventud Sin Futuro». La manifestación no convocaba a sujetos políticos ya constituidos. L@s precari@s

no existen hoy en el Estado español como identidad política. La convocatoria, por esa misma razón, iba orientada a *constituir* este sujeto: la descripción de las promesas insatisfechas para toda una generación tenía como objetivo seleccionar determinados elementos de lo social, inscribirlos en un discurso común y agruparlos tras un nombre: la Juventud Sin Futuro. En la medida en que interpelaba a sujetos no representados como tales por los partidos y los sindicatos —jóvenes a los que se habla como consumidores o votantes, pero no en tanto que precarios o que generación «echada a perder»— construía y movilizaba una identidad política no integrada en el pacto de la salida regresiva a la crisis. Por eso podía impugnar, desde fuera, el escenario político de los recortes sociales y la precariedad.

La movilización, de esta forma, podría funcionar como el punto de partida para una concatenación de insatisfacciones, de demandas sociales que no solo no son solucionadas por las instituciones, sino que ni siquiera encuentran representación en un escenario político considerablemente cerrado. Esta maniobra podría ser capaz de contraponer, al consenso de los de arriba, la desafección de los de abajo. Tal polarización solo puede beneficiar a quienes aspiran a transformar el orden político existente.

Que la movilización, además, haya encontrado un considerable eco mediático debe ser entendido como una prueba de su inteligencia. La reivindicación de una generación que, pese a su preparación, afronta por primera vez en muchas décadas que su futuro va a ser peor que el de sus padres, tiene un pie en el consenso hoy

existente y el otro en el que se desea, en el del cambio. Por una parte, la protesta se ubica en una idea que goza de mucha popularidad, y que forma parte del imaginario meritocrático que es formalmente la narrativa del éxito en el neoliberalismo: una juventud preparada, que merece progresar, ve sus posibilidades de futuro bloqueadas. Por otra parte, al denunciar este bloqueo y hacerlo desde una perspectiva generacional, facilita la identificación de muchos jóvenes con la protesta, con relativa independencia de su adscripción ideológica previa. Que la precariedad sea el eje central del discurso de la protesta significa que esta es identificada como problema político, y por tanto resultado de una situación negativa, que tiene responsables y que puede ser transformada. De esta forma, la identidad política «Juventud Sin Futuro» se realiza necesariamente *por contraposición* a las élites políticas y económicas responsabilizadas de la privación de futuro a la juventud.

La movilización obtiene tanto eco, así, por la relativa vaguedad o indefinición de los dos polos que contraponen: de un lado la «juventud», un término que puede designar sujetos muy diferentes y que es en sí misma un valor del que ningún actor político querría privarse. Es, en consecuencia, un significativo vacío extremadamente valioso: puede significar cosas diferentes, pero apropiarse de él constituye una victoria inequívoca. En ese camino está la movilización que quiere asociar «juventud» a «precariedad» y, por tanto, a «movilización». Del otro lado, en este discurso, está el «sistema», los poderosos, las élites que viven bien y deparan a la siguiente generación un futuro de precariedad.

Atreverse a vencer

Se puede objetar que la propia indefinición de los dos polos, aunque facilita la resonancia mediática, posibilita la disolución o la debilidad ideológica del discurso de esta iniciativa. Esto es cierto, pero es el riesgo habitual de las movilizaciones que apelan a identidades políticas no constituidas, y solo estas pueden alterar la correlación de fuerzas. La vaguedad, en este caso, es el signo de la lucha por la articulación de nuevas mayorías políticas. Ninguna movilización política tiene un contenido ideológico más coherente que las que son exclusivamente para militantes. El inconveniente de estas es que son una foto fija: de cada actor político con la fuerza de la que dispone en el momento. Esta situación estática, parece evidente, no es muy halagüeña para la izquierda rupturista, hoy extremadamente minoritaria en la mayor parte del Estado español.

La política hegemónica, que no da las posiciones por ancladas y pretende articular amplios bloques de un lado y aislar al adversario, se mueve siempre entre los abismos paralelos de la recuperación-integración o la marginalidad-sectarismo. De un lado, interpelaciones excesivamente amplias y difusas agregan mucho, pero crean solidaridades laxas y pueden ser fácilmente integradas por el sistema político cuando la demanda particular sea específica. De otro lado, narrativas ideológicas caracterizadas por un corpus doctrinal innegociable y en absoluta exterioridad y oposición al consenso dominante, por muy satisfactorias emocionalmente para los fieles que puedan resultar, tienen escasas posibilidades

de cambiar la correlación de fuerzas, y muchas de acabar en la existencia testimonial y «guetización» ritual. En un caso, la posibilidad de ser mayoritario está amenazada por la de la pérdida de contenido transformador. En otra, la inmaculada radicalidad de partida está amenazada por la marginalidad y la esterilidad política. Ambos peligros equivalen a la inexistencia como alternativa política al orden existente.

La virtud política revolucionaria consiste, entonces, en moverse como un equilibrista a través de la cuerda, buscando en cada situación un equilibrio siempre inestable. Nadie dijo que fuera fácil.

La movilización «Juventud Sin Futuro», con sus interpelaciones generacionales amplias, su disputa del significante «juventud» y su dimensión expresiva de unas frustraciones de expectativas sociales hasta ahora políticamente casi invisibles, ha gozado de muchas posibilidades de crecer exponencialmente, en formas seguramente monstruosas, desordenadas e inesperadas. Lo mismo ha ocurrido con el significante «democracia», que funciona como un terreno de batalla privilegiado en la disputa política actual en torno al movimiento desencadenado tras la manifestación del 15 de mayo y las acampadas en las principales plazas españolas. «Lo llaman democracia y no lo es», de manera altamente reveladora, es uno de los contenidos centrales de la protesta, destinado a impugnar la legitimidad democrática de unas élites crecientemente identificadas como una casta con los mismos intereses y escasas diferencias internas.

En esta disputa es fundamental la atención de los medios de comunicación que son, por desgracia quizás

para una parte de la izquierda rupturista, el campo de batalla ideológica principal de nuestra sociedad, allí donde se juegan las interpretaciones de la realidad y las creencias de la mayoría de la población.

La evolución a partir de ahora de Juventud Sin Futuro no puede ser pensada ya con independencia del movimiento general de indignación frente a la crisis y la gestión que las élites realizan de ella. Un aspecto crucial de la disputa será, como se ha señalado, la tensión entre la amplitud de las interpelaciones, de la que deriva su capacidad de masas hegemonizando palabras-fuerza vividas como «apolíticas» —democracia, juventud, futuro, pueblo— y su necesaria concreción para cristalizar un apoyo inicialmente difuso en torno a la lucha por objetivos específicos comunes.

En todo caso, cabe la posibilidad de que la iniciativa «Juventud Sin Futuro» se vacíe totalmente de contenido ideológico por una ampliación radical que, al llamar a todos los jóvenes, no movilice a ninguno en ningún sentido político. Puede suceder que se desgaste por ausencia de objetivos concretos materializables que proponerle a los manifestantes, o simplemente se estrelle contra el muro de un sistema político estable, la falta de sujetos relevantes con los que tejer alianzas, y la actividad desmovilizadora de los aparatos ideológicos y represivos del Estado. Estas son las opciones más plausibles, lo cual solo demuestra la dificultad de hacer política rupturista en estados fuertes.

La manifestación del 7 de abril de 2011 ha podido ser el inicio de un ciclo de movilizaciones que, en su defensa de un futuro digno para la juventud y las

mayorías sociales, se opongan a la gestión de la crisis en ofensiva contra los derechos sociales y lo público. Este ciclo no tiene nada de necesario, no se producirá si no se construye; los contenidos ideológicos están lejos de estar escritos o derivarse naturalmente de ninguna pertenencia social; su resultado, por último, resulta impredecible.

En todo caso, y más allá de cuál sea en adelante su recorrido, la iniciativa «Juventud Sin Futuro» ha demostrado una importante capacidad de irrupción en la agenda pública —mayor aún si se pone en relación con los medios a disposición de los activistas que la impulsan— de resonancia en los medios de comunicación y de interpelación a sectores sociales diversos y hasta ahora escasamente movilizados. Ha tenido, por tanto, la virtud de señalar posibles elementos para una política con pretensiones radicales y mayoritarias. Algo han hecho bien, y ese algo debe ser discutido, contado, incorporado a las culturas militantes. En este artículo se ha defendido que el «estilo Juventud Sin Futuro» no descansa tanto en los contenidos concretos de sus reivindicaciones como en la forma de interpelar a sujetos sociales hasta hoy en los márgenes de la discusión política, integrándolos en una identidad política más amplia. Las razones de la desproporción entre las capacidades de partida y el impacto público de Juventud Sin Futuro habría que buscarlas, entonces, en su capacidad hegemónica: para leer las condiciones sociales y, a partir de ellas, representar los intereses particulares de la juventud precaria como encarnando los de las mayorías sociales, anclándolos en términos vividos espontáneamente como positivos en el sentido común de

su época. Esta forma de construcción política, marcada por la tensión conflicto/consenso, es la que les ha granjeado la posibilidad de aspirar a ser, al mismo tiempo, radicales y mayoritarios. Enfrentan sin duda muchas amenazas y serias dificultades, pero es que la política es un deporte de riesgo. Los próximos tiempos serán, claramente, decisivos. Y revueltos.

IX

Cronología de Juventud Sin Futuro

MIGUEL BERMEJO

La juventud precaria participa en un bloque piquetero en la manifestación del 29-S contra la reforma laboral aprobada por el gobierno. El bloque se destaca por su fuerza y combatividad junto al resto de trabajadores y trabajadoras.

Entre octubre y noviembre comienzan los primeros contactos entre el movimiento juvenil precario de Madrid para la organización y coordinación. Las asociaciones universitarias comienzan a potenciar el movimiento en las universidades.

En enero, el sindicalismo alternativo convoca una manifestación contra los nuevos recortes neoliberales del gobierno al sistema de pensiones con un llamamiento a iniciar una nueva huelga general. De nuevo, la juventud precaria se deja ver en primera línea de la lucha.

A comienzos de marzo, tras múltiples reuniones de debate y varias apariciones como bloque en las movilizaciones, el grupo comienza a funcionar de manera estable dándose el nombre de «Juventud Sin Futuro». Como primer objetivo del grupo, se convoca a una manifestación el 7 de abril a toda la juventud precaria e indignada contra los recortes sociales de la crisis.

El 31 de marzo, rompiendo con las lógicas acumuladas de los movimientos sociales hasta entonces, el colectivo convoca una rueda de prensa a la que los medios acuden masivamente. La relación con la prensa comienza a ser fluida, incluidos los medios convencionales, lo que multiplica la llegada del discurso a la gente.

El 3 de abril se realiza la primera acción pública de Juventud Sin Futuro. En una acción simbólica, decenas de jóvenes llenan de pegatinas la oficina del Banco Santander en el campus de la universidad complutense, el más grande del Estado. La difusión viral a través de la red (http://www.youtube.com/watch?v=NkH-h_MaHoI&feature=player_embedded) se multiplica, y llega a tener más de 10.000 visitas en un día.

En los días cercanos a la manifestación se multiplica el efecto vírico en las redes sociales. Facebook, Twitter, YouTube echan humo con la imagen de Juventud Sin Futuro llamando a la manifestación. La gestión de las nuevas herramientas de comunicación se demuestra vital para la difusión.

La convocatoria del 7 de abril es todo un éxito y desborda las expectativas de los/as organizadores. Miles de jóvenes toman las calles de Madrid al grito de «sin casa, sin curro, sin pensión: ¡Sin miedo!». En la pancarta se podía leer: «esto es solo el principio...»

Tras la manifestación, un grupo decide continuar con un «Reclama las Calles» que la policía reprime desmesuradamente, y que se salda con siete detenidos.

Después de la movilización, el discurso de JSF recorre las redes sociales, consiguiendo llegar cada día a más gente.

Juventud Sin Futuro forma parte del acto inaugural del Foro Social de Madrid el 6 de mayo y participa en un taller que es todo un éxito de convocatoria.

JSF se suma a la convocatoria del 15-M realizada por la plataforma «Democracia Real Ya» con el lema «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros». Para la difusión, el grupo llama con su propio material caracterizado por el enfoque generacional. Una vez más, las redes sociales facilitan la socialización del discurso con un mensaje claro: «organizar la indignación».

JSF lanza modelos de camisetas como forma de autofinanciación. En pocos días se agotan y tiene que multiplicar la tirada. Una marea amarilla comienza a invadir las calles de Madrid. La autofinanciación resultó clave para la independencia del movimiento.

El grupo se suma al encierro de trabajo en la Facultad de filosofía convocado por la asamblea de filosofía y filología de la Universidad Complutense de Madrid en la semana del 9 al 13 de mayo. Juventud Sin Futuro acude para sumar en la lucha contra EU2015. El ritmo de trabajo es trepidante para la preparación de la manifestación.

El miércoles 11 de mayo se realiza una rueda de prensa-performance donde un grupo de Juventud Sin futuro liberó de manera simbólica la democracia de los mercados y los recortes antisociales que la clase política aplica a el país para salir de la crisis. La performance fue realizada a las puertas de una sucursal bancaria.

Miles de personas en más de 50 ciudades del Estado se manifiestan al grito de «democracia real ya». Juventud Sin Futuro acude en bloque, inundando con

sus consigna la manifestación. Al finalizar la marcha, se despliega una macro pancarta en la Plaza de Sol.

Miles de personas intentan seguir con la manifestación, pero son brutalmente reprimidos por la policía, que detiene a 24 personas.

Un grupo de personas, tras las cargas policiales, decide acampar en la céntrica Plaza de Sol a pasar la noche. Comienzan a organizarse grupos de trabajo y comisiones para organizar el trabajo. Poco a poco comienza a sumarse gente, y la asamblea del siguiente día suma cientos de personas.

Al día siguiente, a altas horas de la madrugada y mientras la gente dormía, la policía desaloja con violencia el campamento. Se produce la solidaridad con los acampados que multiplica su fuerza. Esa misma tarde, en Sol, decenas de miles de personas deciden acampar frente a la impotencia del gobierno y su policía.

La fuerza del movimiento se multiplica cada día. Las acampadas ocupan las plazas de todo el Estado y se suceden las muestras de solidaridad por todo el mundo. ¡Comienza la revuelta!

X

Editorial de JSF: ¡SIN Miedo!

¡Sin Miedo! Este es el grito que mejor resume la jornada del 7 de abril, y que recoge el sentimiento de l@s miles de jóvenes precari@s que el pasado jueves salimos a las calles de Madrid y de otras ciudades del Estado para reivindicar un futuro para todas y todos. Salimos a clamar bien fuerte por nuestro derecho a un trabajo digno, a una vivienda, a una pensión y a una educación pública no mercantilizada, en contra de la respuesta que las élites políticas y económicas europeas han dado a la crisis, imponiendo el sacrificio de las grandes mayorías e invocando hipócritamente el interés nacional y el bienestar colectivo para el «rescate de los mercados». Pretenden hacernos creer que la salida a esta crisis, originada en la desregulación de la actividad financiera, pasa por desregular también el mercado de trabajo imponiendo temporalidad y desempleo al conjunto de la sociedad, recortando derechos y servicios sociales y suprimiendo, en definitiva, las posibilidades de un futuro digno.

Nosotras y nosotros creemos en la democracia. La identificamos como el resultado de siglos de luchas sociales por la participación de las mayorías en los asuntos públicos, por el reparto equitativo de la riqueza social, por la mejora de las condiciones de trabajo,

por el acceso garantizado a la vivienda, la educación, y la sanidad. Representa el derecho a una vida digna para todas y todos.

Pero un sistema político en el que la ciudadanía elige gobiernos que más tarde se ponen al servicio de los mercados no puede ser democrático. No es democrático que las medidas políticas se tomen en nombre de instancias impersonales, como «los mercados», que no tienen cara ni nombre ni rinden cuentas ante nadie, ni tampoco es democrático aceptar que la responsabilidad de la crisis es de todos y que, por tanto, debemos ser sensatos y aceptar los sacrificios. Sensatez y moderación salarial, pide el ministro de Trabajo, mientras la clase política europea rechaza una enmienda para congelar sus dietas de parlamentarios y mientras Telefónica, pese a declarar cuantiosos beneficios, anuncia una salvaje reducción de puestos de trabajo. ¿Sensatez? Sensatez y responsabilidad democrática es señalar a los culpables de la crisis y desde Juventud SIN Futuro los señalamos sin miedo: banqueros, especuladores, agencias de rating, gobiernos que gobiernan para unos pocos y que condenan a la precariedad y a la miseria a tod@s los demás.

Valoramos la primera movilización del jueves 7 de forma muy positiva: el número de asistentes desbordó nuestras expectativas ampliamente, dejando claro que somos muchos y muchas quienes lucharemos por nuestro futuro. El éxito de la convocatoria no se mide con cifras, que algunos medios de comunicación reducen significativamente; no se mide con l@s 13 detenid@s del grupo espontáneo que, una vez desconvocada la manifestación, sufrió la desmedida actuación policial;

creemos, sin embargo, que el éxito se mide en que estudiantes y precarias, jóvenes trabajadores, investigadoras y becarios, estudiantes de instituto y de FP, parados, profesores universitarios y sociedad civil salieron a la calle, rebeldes y concienciados, y expresaron su indignación en un ambiente reivindicativo, irrumpiendo de esta forma en la agenda política y mediática.

Volveremos a salir a la calle y volveremos a gritar sin miedo, junto a toda la sociedad civil, porque el pasado día 7 demostramos por vez primera que somos una generación dispuesta a recuperar el futuro que nos han quitado. Por eso nosotras y nosotros vamos a seguir organizando y extendiendo nuestras reivindicaciones y propuestas: en los barrios, en las calles, en las universidades, o en los centros de trabajo.

El domingo 15 de mayo volveremos a tomar colectivamente las plazas, sumándonos a la convocatoria realizada por Democracia Real YA, para demostrar que esta crisis no vamos a pagarla, que el futuro es nuestro y vamos a recuperarlo. Hemos despertado de nuestro letargo y queremos dejar claro que la primavera, nuestra primavera, no ha hecho más que empezar.

XI

Tabla reivindicativa

JUVENTUD SIN FUTURO

Porque queremos reapropiarnos del futuro que nos habéis robado, nos dirigimos de nuevo a vosotros, clase política y poderes públicos.

Somos conscientes de que las medidas de salida a la crisis económica se han caracterizado por un constante recorte de nuestros derechos así como por una socialización de las pérdidas, materializadas en la entrega a la banca de miles de millones de euros. Pérdidas de los mismos que apenas han sufrido sus consecuencias aunque hayan tenido la responsabilidad de la situación. Ante esta salida de la crisis por la derecha, nosotras y nosotros, la Juventud Sin Futuro, exigimos nuestra salida de la crisis. Por ello, las demandas que incluimos a continuación marcan el comienzo de una larga serie de reivindicaciones que muestran que es posible no condenar a toda nuestra generación a un futuro más que incierto.

Esta generación que se ve abocada a la temporalidad permanente, que apenas conoce el derecho *constitucional* de acceso a la vivienda digna y que está condenada a las más bajas y tardías pensiones, es capaz de demostrar que otro camino es posible.

Vivienda

1. **Alquiler social universal:** exigimos un alquiler social Universal mediante la creación de un parque público, conformado por las viviendas en propiedad de los grandes especuladores —bancos, cajas de ahorro, inmobiliarias, constructoras—, que garantice el acceso social a una vivienda digna y aproveche, de esta forma, los cerca de 4 millones de viviendas vacías en el Estado español.
2. **Regular la dación en pago:** reivindicamos la reforma de la ley que regula la dación en pago, de tal forma que si una familia no tiene renta para pagar su hipoteca, pueda entregar la casa al banco para que quede saldada la deuda; así la familia, además de quedarse en la calle, no tenga que hacer frente al pago de la hipoteca durante años.

Ámbito laboral

3. **Control de la brecha salarial:** exigimos la prohibición de la diferenciación salarial entre personas de sexo diferente que cumplen el mismo trabajo. Además exigimos el control de la diferenciación salarial a través de la fijación de salarios máximos y el aumento de los salarios mínimos.
4. **Defensa y transformación de los cuidados:** el reparto machista del trabajo hace que el ámbito de los cuidados quede delegado únicamente a la mujer. Pedimos su reconocimiento como trabajadora asalariada con el objetivo de generar espacios comunitaristas de los cuidados.

5. **Reducción de la jornada laboral a 35 horas:** exigimos la reducción de horas semanales de trabajo sin variación salarial como medida redistribuidora de empleo, para permitir, además, alcanzar niveles de producción sostenible.
6. **Derogación de la reforma laboral:** identificamos en ella un claro ejemplo de cómo el interés de las minorías económicas se mantiene con el sacrificio de las mayorías sociales, que no solo condena a toda una generación a la precariedad, sino que incide en profundizar la brecha de desigualdad entre hombres y mujeres.
7. **Revisión del marco contractual vigente:** con el objetivo de garantizar una mayor protección a los trabajadores precarios (temporales y a tiempo parcial).

Pensiones

8. **Derogación de la reforma de las pensiones:** el aumento del número de años necesarios de cotización y la consecuente prolongación de la vida laboral supone un nuevo ataque en el que son las/os trabajadoras, una vez más, las/os que deben cargar con las consecuencias de la crisis y las medidas que se están imponiendo para combatirla.
9. **Adelanto de la edad de jubilación:** para facilitar la incorporación al mundo laboral de las/os jóvenes, que ahora encuentra grandes dificultades para acceder a un trabajo digno.

Educación

10. **Paralización de recortes en educación**, e incremento del gasto público. Nos oponemos a toda la financiación privada, que está condicionada a criterios ajenos a los de la propia comunidad académica.
11. **Cese de la subida de tasas**: reivindicamos la congelación y bajada progresiva de las tasas hasta conseguir garantizar el acceso a todas las capas sociales.
12. **Paralización de modelos de enseñanza elitistas**: rechazamos el nuevo bachillerato de excelencia, propuesto en la Comunidad de Madrid por el gobierno de Esperanza Aguirre, por implicar una red mayoritaria de centros degradados y sin apenas recursos frente a una minoría elitizada, que agudiza la desigualdad social y elude la garantía de una educación pública y de calidad.
13. **Exigimos un aumento considerable de plazas de FP** tanto superior como medio y rechazamos la creación de plazas de FP «a distancia» que supone necesariamente la realización de prácticas en empresas en lugar de llevar a cabo el contenido práctico en el seno de las clases, que desemboca inevitablemente en la privatización parcial de la FP.

Redistribución de la riqueza

14. **Quien más tiene que más pague**: exigimos una reforma fiscal eficaz que afecte a las rentas más altas, a beneficios de entidades financieras, grandes

empresas, rentas del capital y las SICAV. Abogamos también por la recuperación de los impuestos de sucesión, patrimonio y donación, la modificación de los tramos del IRPF, logrando mayor progresividad y la reducción del IVA que al ser un impuesto directo supone una mayor carga a las rentas bajas.

15. **Grabar los flujos de capitales:** exigimos la creación de un impuesto sobre los flujos de capitales que sirva para hacer frente al déficit estatal, demostrando que los recortes de los derechos básicos no son la única solución. Esta medida, al igual que la supresión de paraísos fiscales, requiere de voluntad política y un esfuerzo europeo e internacional. Esta medida implicaría una verdadera lucha contra el fraude fiscal y la economía sumergida.
16. **Comisión de Investigación en el Congreso de los Diputados:** exigimos la creación y puesta en marcha de una Comisión de Investigación en el Congreso de los Diputados, órgano capacitado legalmente para hacerlo, que identifique a los culpables de la crisis y a quienes se están beneficiando con las medidas de austeridad impuestas, con el fin de que puedan ser juzgados y condenados.

Aún así, no queremos limitarnos a reivindicar a los poderes públicos, sino que pretendemos ser actores de un motor de cambio que hasta el momento parece que no va a ser abrazado por la clase dirigente. Por lo tanto, instamos a emprender la movilización colectiva, a reapropiarnos de los espacios, a reivindicar nuestro derecho a disentir mediante la organización en los lu-

gares que habitamos cotidianamente: los barrios, los institutos, las universidades, las oficinas, las calles.

**¡Nos habéis quitado demasiado,
ahora lo queremos todo!**

Tabla reivindicativa completa en:
www.juventudsinfuturo.net

XII

Entrevista de *Viento Sur* a Juventud Sin Futuro*

El pasado 15 de abril entrevistamos a cuatro activistas de Juventud sin Futuro para conocer qué opinaban sobre su propio movimiento, que acababa de nacer con la manifestación del 7 de abril. Después del 15-M y los acontecimientos tan esperanzadores que se han desencadenado, la entrevista queda en parte desbordada, y en parte reactualizada, en la medida que JsF es una componente importante del 15-M y que muchos de los temas que se plantean en la entrevista están presentes en los desafíos actuales, a escala ampliada. Se publicará en el nº 116 de *Viento Sur*, que se distribuirá próximamente, pero hemos decidido adelantar su difusión por la web.

La manifestación del pasado 7 de abril en Madrid, primera convocatoria de Juventud sin Futuro (<http://www.juventudsinfuturo.net/>) ha sido una de las pocas noticias cercanas buenas y esperanzadoras, de este año 2011, particularmente plano y sombrío en nuestro país, por contraste con revoluciones que parecen aún más lejanas en la política, que en la geografía.

La experiencia aconseja evitar el optimismo respecto al desarrollo a medio plazo de luchas e iniciativas sociales que nacen llenas de fuerza y de esperanza. Juventud sin Futuro (JsF) tendrá que ganarse un «futuro» como movimiento social, y no lo va a tener fácil.

*Esta entrevista fue realizada por Miguel Romero para la revista *Viento Sur*. Está disponible en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/?x=3928>

Por ahora, es una posibilidad, sólo una posibilidad, de crear un referente sociopolítico para la lucha contra la precariedad. Pero han alcanzado ya un logro muy notable. Lo más difícil en la política antagonista es expresar políticamente un malestar social y conectarlo con la calle. Sólo así se puede convertir en un acontecimiento político con capacidad de interpelación amplia, conectar ahora a algún nivel con esa masa informe, difusa de la indignación. Esta chispa prendió en Madrid el día 7. Ahora se trata de que no se apague; si es capaz de durar, se extenderá. Hemos querido conocer las opiniones de activistas de JsF sobre su propio movimiento; éste es el punto de partida necesario para entenderlo.

Una vez transcrita la entrevista, se la he pasado para que la revisen. Uno de ellos, una en realidad, me ha preguntado: «Pero, ¿tú crees que lo que hemos contado tiene interés? Tampoco decimos nada revelador».

Pues sí, creo que tiene mucho interés, precisamente porque nos muestra sencillamente, sin artificios, la práctica de construcción de una iniciativa de movilización desde abajo. Frecuentemente, esperamos «revelaciones» de las teorías y discursos sobre gestas revolucionarias. Pero desgraciadamente, éstas son muy raras y están muy lejos en el tiempo y en el espacio. No nos dicen nada sobre ¿qué hacer?, aquí y ahora. No hay que buscar «revelaciones»; lo que necesitamos, por encima de todo, son brechas pequeñas y cercanas, fácilmente visibles, que inciten a replicarlas y extenderlas, destellos concretos de por dónde podemos avanzar, sin miedo, junto con la gente indignada, agobiada, herida por el capitalismo. Juventud sin Futuro es una de esas brechas. En la edición de la entrevista, tras la presentación inicial, hemos evitado poner nombre a las respuestas. Lo interesante es que, en su conjunto, den una idea de lo que se piensa, lo que se debate, lo que se proyecta en JsF.

—¿Cómo se os ocurrió la idea de Juventud Sin Futuro?

—Bueno, organizaciones de estudiantes de algunas universidades de Madrid, de la Complutense, de la Autónoma y de la Carlos III nos venimos reuniendo desde hace tiempo. A principios de este curso empezamos a pensar en hacer algo que, más allá de los problemas de cada facultad, nos uniera en alguna respuesta común.

Sí, desde principios de curso hemos participado en diferentes manifestaciones, en la Huelga General del 29 de septiembre, tanto en piquetes como en la manifestación...

—¿Íbais unidos?

—Sí. También hemos formado cortejos en manifestaciones, como por ejemplo en la de «Parémosle los pies», mostrando que los jóvenes, los estudiantes también estábamos en esas luchas contra el pensionazo o la reforma laboral.

—¿Os llamábais ya Juventud Sin Futuro?

—No, todavía no. En el primer cuatrimestre lo que hicimos fue básicamente estar presentes en esas manis, que se nos viera en ellas. Todos teníamos la esperanza de que iba a haber una huelga general en enero, estábamos agrupando fuerzas para participar en ella. Como no se convocó esa huelga general, los sindicatos firmaron el pacto social y por otra parte también hubo muchas luchas en Europa con participación de jóvenes en Portugal, Islandia, Francia, etc., pensamos que también aquí teníamos que dar una respuesta.

—De vuestros lemas, el que más me gusta es el de «Juventud Sin Miedo». Prefiero llamaros «sin miedo», que «sin futuro». ¿Cómo salió esto? Normalmente

los manifiestos de respuesta a la crisis no tienen esa voluntad expresa de desafío.

—Lo de «sin vivienda, sin curro y sin pensión» son como un resumen de las tres primeras partes del manifiesto. Pero además buscábamos algo que expresara la acción colectiva y el derecho a disentir... Lo de «sin miedo» surge cuando estamos acordando los otros tres lemas. Alguien añadió: «sin miedo, porque nos estamos organizando, aunque sabemos que los ataques están siendo brutales en todo el mundo.»

Tratábamos de hacer un juego con los «ni, ni» pero no cuajó. No hubo consenso, pero creo que hubiera estado bien responder: «¿ni estudio, ni trabajo?, pues serás tú, porque yo estudio, trabajo y lucho en la calle...»

La parte positiva del discurso que se concentra ahí: vamos a recuperar nuestro futuro porque no tenemos miedo. «Sin futuro» nos permite plantear: ¿quién nos ha robado el futuro? Y todas las reivindicaciones en positivo las podemos concentrar en el «sin miedo».

—**Los medios han destacado el papel de las redes sociales. ¿Pensáis que la asistencia ha estado determinada sobre todo por las redes, o por la cobertura que os dieron los propios medios, o por el boca a boca...?**

—Yo creo que el catalizador de la movilización ha sido la indignación. La redes sirven para que conozcas una convocatoria, para que sepas que alguien está proponiendo algo y que a lo mejor coincide con los motivos por los que tú estás cansado, hastiado, y te indignas y tienes rabia. Pero sin la rabia, sin que la gente perciba, a lo mejor no en clave política, por desgracia no en clave política, que están ocurriendo cosas que perjudican a la

mayoría y que a una minoría de están beneficiando... esto es lo que permite que la gente se quiera mover. También es verdad que las redes sociales han servido para la difusión. Y también ver otras cosas, que en otros países la gente se está moviendo.

Creo que el éxito de la convocatoria, más allá de los medios y las redes sociales, se ha basado en la apelación general difusa, que es a la vez una herramienta muy útil, pero también peligrosa. Yo sé que en la manifestación había mucha gente que le preguntas: «¿eres de izquierda?», y te dicen: «bueno...»; «¿estás contra el pensionazo?»; «bueno...». Pero no han ido a la mani de la huelga general, ni a la del pensionazo. En cambio responden a la apelación: «soy joven, me lo he currao, lo veo muy negro... y percibo que hay gente que se está aprovechando de la crisis y en cambio a muchos, los que están conmigo en esta mani, nos están machacando». Debemos tener en cuenta que con un discurso tan amplio podemos diluirnos en la apelación generacional. Pero a la vez, si de repente cargamos las tintas con un contenido ideológico muy claro, se nos puede ir esa gente que se nos han acercado pensando: «estoy perdida, no tengo futuro...» Hay que introducir los temas ideológicos, políticos, por supuesto sin engañarles, pero sin rollos del tipo: «el gran capital está acabando con nuestras vidas...», porque entonces esa gente se va, empieza a percibir que las manifestaciones de Juventud Sin Futuro como si fueran las de la CGT, y a las de la CGT no van.

Yo sobre las redes sociales soy muy pesimista. Todavía no tengo facebook... Es que no me acabo de creer que por darle al «me gusta» alguien vaya a una manifestación.

Para mí ha sido fundamental la cobertura mediática y nuestro propio discurso en esa cobertura mediática. No le quito importancia a la rabia, pero si hubiéramos hecho un discurso muy de «la contradicción capitalista...», ni cobertura mediática, ni nada. Pero hemos dado un discurso que a alguna gente le ha parecido mal («parece que sois conservadores», nos han llegado a decir) pero ha sido un discurso de gente normal, muy cercano... que la gente podía pensar es que yo estoy igual, o mi hijo está igual, o mi nieto igual...

Muy cercano y muy de sentido común. Si en la manifestación tanta gente gritaba nuestro grito típico: «¡anticapitalistas!», que hemos gritado en manis mucho más pequeñas, era por eso, porque conectaba con las reacciones naturales de la gente que piensa que nos están desmontando el Estado del bienestar. Ahora ser anticapitalista pasa por defender conquistas sociales y así conectamos con mucha gente...

—Hay una cosa que me preocupa bastante. Recuerdo la experiencia de otras iniciativas que empezaron con mucha fuerza, lograron un reconocimiento, pero con el tiempo, cuando empezaron a pasar las reivindicaciones de rechazo a las propuestas en positivo, aparecieron debates que se gestionaron mal, después divisiones y finalmente se extinguieron. ¿Tenéis cemento suficiente para aguantar la campaña como movimiento unido? Porque creo que ahí os la jugáis.

—Ese es el problema fundamental, junto con que nos diluyamos en la nada. O sea que vayamos a un exceso de politización que nos haga perder gente y que nos dividamos los propios colectivos organizadores o que vayamos

de manifestación en manifestación hasta que no quede nada. Creo que en el núcleo organizador sí hay un consenso claro, con algunos problemas que no son demasiado importantes. El discurso está ya consensuado después de varias asambleas y nos permite seguir avanzando. Ahora tenemos que buscar contenidos concretos para que la gente encuentre sentido en acudir a una manifestación o ponerse un cartel de Juventud Sin Futuro en su habitación. Eso es lo complicado, creo yo. Porque internamente hay muchas ganas de hacer cosas, pese a lo mal que están los movimientos en Madrid y en todo el Estado. Y eso hace que todos cedamos mucho para llegar a acuerdos, sin tener que despojarnos de los planteamientos políticos de cada uno. Y de hecho nos está saliendo bien. Por ahora creo que no hay riesgos de que nos dividamos, ¿no?

Es verdad que pasar del discurso en negativo al discurso en positivo tiene riesgos. Eso pasó con las movilizaciones por Bolonia, por poner un ejemplo fácil. En el «no a Bolonia» estaba todo el mundo. Cuando pasamos a plantearnos: ¿qué universidad queremos? ahí surgieron los roces. ¿Qué hemos aprendido para lo de ahora? Pues hemos empezado con un «no» más concreto y nos hemos sentado en la mesa para ponernos de acuerdo, buscando propuestas concretas para no quemar el movimiento en el «no». Tenemos que buscar consensos cuidando de que las confianzas que se han labrado no se destruyan.

Nos tiramos dos años con el «no a Bolonia» y en cambio ahora, en la primera asamblea que hemos hecho después de la mani, ya hemos empezado a buscar propuestas concretas.

También tenemos que saber que esto es fundamentalmente una movilización estudiantil. Hay que dar el paso a otros sectores juveniles, pero también apelar a la sociedad, porque a esto que planteamos tenía que venir todo el mundo. Esa es la ilusión que tengo para la próxima manifestación. Nosotros no tenemos capacidad de ir a cada barrio, pero ojalá que gente en los barrios lea el manifiesto y lo haga suyo.

Tenemos que apoyarnos en la crisis, identificar a sus responsables. La crisis genera un malestar difuso que puede hacer que gente diga: «no se puede hacer nada, paso»... pero si hay una pequeña herramienta que conecte con la gente que piensa: «yo no he provocado esta crisis, no sé por qué me la tengo que comer, aquí hay algo que falla...» eso puede llevar a que mucha gente encuentre en esa herramienta el modo de expresión de ese malestar difuso que nosotros tenemos que convertir en una indignación más activa, más crítica. Es un camino complicado, al politizarlo podemos equivocarnos, pero ese es el camino que hay que seguir.

Biografía de los autores

El contenido de esta obra, lejos de ser reflejo de la reflexión individual de sus autoras, es producto de la reflexión colectiva que se ha dado, y se sigue dando, en el seno de Juventud Sin Futuro; reflexión colectiva que cuenta con las aportaciones de todas nosotras y no puede ser atribuida a un único individuo.

Santiago Alba Rico. Escritor y filósofo.

Lucia Alba. Estudiante de Filosofía de la UCM, miembro de la asociación La Caverna y de Juventud Sin Futuro.

Isabel Serra. Estudiante de Filosofía de la UCM, miembro de la asociación La Caverna y de Juventud Sin Futuro.

Javier Menéndez. Estudiante de Filosofía de la UCM, miembro de la asociación La Caverna y de Juventud Sin Futuro.

Andrea Raboso. Estudiante de Historia de la UCM, miembro de la asociación Unión de Historiadores Progresistas y de Juventud Sin Futuro.

Andrés Merino. Estudiante de Ciencias Políticas y de la Administración, militante de la Asociación Universitaria Contrapoder y de Juventud Sin Futuro.

Cristina Castillo. Licenciada en Ciencias Políticas, activista social, detenida en las movilizaciones por una vivienda digna y pendiente de juicio.

Luis Giménez. Estudiante de Periodismo UC3M, miembro del colectivo Rise UP y de Juventud Sin Futuro.

Pablo Padilla. Licenciado en Sociología en la UC3M, actualmente estudiante de Antropología en la UCM, miembro de Contrapoder y Juventud Sin Futuro.

Fabio Cortese. Estudiante de Derecho de la UCM, miembro de la asociación Universitaria de Estudiantes progresistas-Estudiantes de Izquierdas y Juventud Sin Futuro.

Andrés Barragán. Estudiante de Filosofía de la UCM, miembro de la asociación La Caverna y de Juventud Sin Futuro.

Irene Crespo. Estudiante de Sociología UC3M, miembro del colectivo feminista Mantis, del colectivo Rise UP y Juventud Sin Futuro.

Eduardo Rubiño. Estudiante de Filosofía de la UCM, miembro de la asociación La Caverna y de Juventud Sin Futuro.

Rita Maestre. Estudiante de Ciencias Políticas y de la Administración, militante de la Asociación Universitaria Contrapoder y de Juventud Sin Futuro.

Carmen Aldama. Estudiante de Ciencias Políticas, militante de la Asociación Universitaria Contrapoder y de Juventud Sin Futuro.

Iñigo Errejón. Doctor en Ciencia Política e investigador en la UCM.

Joseba Fernández (coordinador). Politólogo e investigador en la UPV, activista social y escritor de diferentes obras colectivas sobre el Movimiento Estudiantil.

Miguel Urbán (coordinador). Historiador, activista social, miembro de la redacción de la revista Viento Sur y escritor de diferentes obras colectivas sobre el Movimiento Estudiantil.

Miguel Bermejo. Estudiante de Ciencias Políticas y de la Administración, militante de la Asociación Universitaria Contrapoder y de Juventud Sin Futuro.

Telefónica: 5.800 despidos y 450 millones de euros en incentivos para sus directivos

SUS BENEFICIOS NUESTRA CRISIS

MANIFESTACIÓN

15 de MAYO -18h - CIBELES-SOL

**TOMA LA
CALLE**

15.05.11

juventudsinfuturo.net

**Contra la precariedad en las aulas
¡Queremos becas y no hipotecas!**

SALVAN LOS BANCOS, DESTRUYEN LA EDUCACIÓN

MANIFESTACIÓN

7 de ABRIL -19h - Pza. ANTÓN MARTÍN

juventudsinfuturo.net

**Volveremos a salir a la calle
Volveremos a gritar sin miedo**

**NOS HABÉIS
QUITADO DEMASIADO
AHORA LO
QUEREMOS TODO**

MANIFESTACIÓN

15 de MAYO -18h - CIBELES-SOL

**TOMA LA
CALLE**

15.05.11

juventudsinfuturo.net